

DOLORES IBARRURI

LA SITUACION POLITICA DE ESPAÑA Y SUS PERSPECTIVAS

*Informe del Buró Político al III Pleno del
Comité Central del Partido Comunista de
España, celebrado los días 7, 8 y 9 de
septiembre de 1957*

Discurso de clausura del Pleno, pronunciado por

SANTIAGO CARRILLO



BUENOS AIRES

1957

DOLORES IBARRURI

LA SITUACION POLITICA DE ESPAÑA Y SUS PERSPECTIVAS

*Informe del Buró Político al III Pleno del
Comité Central del Partido Comunista de
España, celebrado los días 7, 8 y 9 de
setiembre de 1957*

*Discurso de clausura del Pleno, pronunciado por
SANTIAGO CARRILLO*



BUENOS AIRES
1957

SE reúne el Pleno de nuestro Comité Central con objeto de examinar la situación política de España, y las perspectivas de su posible desarrollo. Y en relación con ello, adoptar las decisiones convenientes, tanto en orden a la actividad del Partido en los distintos aspectos de la vida política nacional, como sobre el desarrollo de nuestra línea política y de nuestra táctica.

Ello exige de nosotros en esta reunión plenaria del órgano dirigente del Partido, hacer un análisis de los resultados de nuestra actividad en el transcurso de un año de esfuerzos por llevar a la práctica, por hacer penetrar en la conciencia de las masas nuestra política de reconciliación nacional, y saber en qué medida esta política es aceptada por las masas; en qué medida esta política responde realmente a las aspiraciones, deseos y necesidades de estas masas y, en primer lugar, de la clase obrera.

El rasgo característico, inconfundible de este período, período de grandes acciones de masas, en las cuales la clase obrera ha jugado el papel determinante, es que las ideas básicas fundamentales de nuestra política de reconciliación nacional, han sido el aglutinante, la bandera común de las diversas fuerzas que por diversos motivos, son opuestas a la dictadura franquista, y que han participado en esas luchas junto a la clase obrera.

Cuando en el mes de junio del año pasado elaboraba el Comité Central la política de reconciliación nacional, de solución democrática y pacífica del problema español, ¿en qué hechos se basaba?

En que fuerzas sociales considerables que habían integrado el campo franquista, o que se habían mantenido pasivas ante la Dictadura, iban mostrando prácticamente su discrepancia con una política que mantenía vivo el espíritu de guerra civil.

En segundo lugar, en que, junto a esa "nueva oposición" de derecha, iban surgiendo en el país nuevas fuerzas, de diversa procedencia, pero de signo liberal todas ellas, y algunas con una orientación más consecuentemente democrática.

En la comprobación de que en el campo republicano, esencialmente centrado en la emigración, también eran más numerosas e influyentes las tendencias hacia un enfoque más constructivo de las soluciones políticas que exigía la situación de España.

Y, por último, aunque ello no quiera decir que fuese el factor menos importante, nos basábamos asimismo en la conclusión de que el desarrollo de la coexistencia en la esfera internacional, los éxitos de la política de paz, la penetración de aires nuevos en España, favorecida por su ingreso en la O.N.U. ayudaban objetivamente a desarrollar el clima de distensión política interior.

Y la idea central de la política que elaboramos en el Documento de junio, precisándola en el Pleno de agosto, en función de todos esos hechos nuevos, residía en la existencia de la posibilidad de un cambio pacífico en

España, de la sustitución de la dictadura franquista sin una nueva guerra civil.

Idea que correspondía a la nueva situación, y que exigió que procediéramos a importantes cambios tácticos. Pero idea que se situaba también en la continuidad de nuestra política de unión nacional, como desarrollo lógico de esta política, aplicada a situaciones nuevas, con flexibilidad, que no excluye, sino que presupone una firmeza de principios políticos.

En nuestro documento de junio del año pasado recordábamos a los camaradas algo que siempre es actual:

“que las ideas y soluciones, por muy justas que sean, no se abren camino de la noche a la mañana, simplemente con formularlas. Hace falta luchar por ellas hasta conseguir que ganen la conciencia de las gentes, hasta que maduren las condiciones para que esas ideas o soluciones sean transformadas en realidad.”

¿Cómo ha comprendido el Partido la política de reconciliación, cómo la aplica, en qué medida lucha por ganar la adhesión de las masas a nuestra política?

¿Cómo va desarrollándose en España el proceso de maduración de las condiciones para que la política de reconciliación nacional, de sustitución pacífica de la dictadura pueda ser transformada en realidad?

En cuanto a la primera cuestión, podemos partir de una afirmación categórica: el Partido, en su conjunto, de arriba a abajo, ha hecho suya la política de reconciliación nacional.

Y no lo ha hecho de una manera formal, rutinaria, sino a lo largo de un profundo proceso de discusión y de asimilación crítica. Con ello se ha fortalecido la unidad política y orgánica del Partido. Pero con ello se ha conseguido también algo, si cabe, más importante aún: se han sentado las premisas indispensables para que nuestra política prenda realmente en las masas, para que se convierta, como ya se está convirtiendo, en una fuerza material determinante en el desarrollo de la situación política española. De la actividad de las organizaciones del Partido, de sus aciertos en la aplicación práctica, concreta, de la política de reconciliación nacional, sobre la base de las reivindicaciones y protestas de las masas, por parciales que sean sus objetivos, dependen en gran medida, los éxitos en esta vía de desarrollo, cuyos rasgos característicos pueden ser, y de hecho son, muy diversos y originales.

Teniendo esto en cuenta en la Declaración del Buró Político del 9 de febrero, al día siguiente del unánime boicot de Madrid, se decía lo siguiente: “La reconciliación de los españoles no es una coalición política ni una formación gubernamental, aunque en determinadas condiciones podría presentar tales formas; es un proceso que puede pasar —y está pasando— por diferentes etapas.”

Recordar algunas de esas etapas, algunas de las formas más características de ese proceso, analizarlas aunque sea brevemente, será quizás el mejor método para poner de manifiesto cuáles han sido los progresos de la idea de reconciliación nacional en este último período, y cómo la camarilla franquista reacciona frente a nuestra política.

Apenas comenzó a difundirse en España la Declaración del Partido del 9 de febrero, toda la prensa franquista emprendió una intensa campaña de inspiración claramente gubernamental para responder a nuestras posiciones políticas.

Durante largos años Franco y la propaganda franquista han venido afirmando que el Partido Comunista había sido eliminado de la vida social

española. Que todo intento de rehacer las organizaciones comunistas era desbaratado por los organismos policíacos de represión y que las ideas comunistas no podían encontrar ni clima ni terreno apropiado en España.

Sin embargo, de la noche a la mañana, y a raíz de la Declaración de Febrero, el Partido Comunista se convierte en el blanco de toda la propaganda impuesta por la Dirección de Prensa, y sus organizaciones son presentadas con notoria exageración como artífices exclusivos de una acción de masas en la que han participado centenares de miles de personas. La política de reconciliación nacional del Partido Comunista es atacada como el más grave peligro para la continuidad de la Dictadura.

Llevados de su fobia anticomunista, los comentaristas oficiales, si bien han tergiversado y deformado nuestra política de reconciliación nacional, la han difundido y popularizado en el área nacional de una manera amplísima, que a nosotros hubiera sido difícil realizar con los medios de propaganda que poseemos.

Desde la publicación de la declaración del Partido del 9 de febrero hasta el discurso del Subsecretario de la Presidencia, Carrero Blanco, pronunciado ante los procuradores en Cortes el 15 de junio, toda la propaganda franquista se enfila contra las ideas de reconciliación nacional, contra sus progresos en la conciencia de los españoles, que esa misma insistencia descubre al denunciarlos.

Pero en el tono, en las formas de expresión de algunos comentaristas, por ejemplo, de los Ponce de León, de los Emilio Romero y otros, va apareciendo, tras las habituales estupideces calumniosas, algo nuevo cuando se refieren al Partido Comunista y a su política de reconciliación: una confusa mezcla de temor y de respeto.

Y podemos decirlo públicamente, desde la tribuna más autorizada de nuestro Partido, que si nuestra política merece en efecto respeto por cualquier español que reflexione serenamente sobre los problemas de nuestra patria, lo otro, es decir, el temor, no tiene justificación suficiente; porque la política de reconciliación nacional no es, como suponen, una maniobra, sino algo que también a ellos puede interesar.

Su participación en esa política, aunque sea desde puntos de vista y con objetivos no sólo diferentes, sino aun opuestos a los nuestros, sólo depende de ellos. [Y no seremos nosotros quienes nos opongamos a esa participación.

Decía que para comprender mejor la línea de desarrollo de la política de reconciliación nacional, quizá lo más conveniente fuese analizar brevemente algunas de las formas y de las etapas de ese proceso.

Y, en efecto, si se quiere llegar a la raíz de los éxitos de esta política hay que partir de la enorme presión ejercida por la clase obrera, a lo largo de los meses de septiembre y octubre, en defensa de sus reivindicaciones.

Estaba planteada por el gobierno la aplicación de la segunda fase del aumento de salarios decidida en marzo de 1956. Pero después de las huelgas de la primavera era imposible, a menos de enfrentarse con movimientos de lucha de los trabajadores que podían, en las condiciones existentes, desembocar en una huelga general, que el gobierno se limitase a aplicar lo convenido en marzo, o sea un segundo aumento de sólo el 6 %.

Los propios sindicatos verticales, obligados por la actitud combativa de los trabajadores, habían tenido que pronunarse por un aumento más sustancial. Pero un tal aumento, dada la política económica antinacional y militarista de la dictadura, significaba acrecentar el desequilibrio económico del país.

Colocado ante el dilema de huelga general o agudización del desequili-

brio económico, el gobierno cedió ante la presión de las masas trabajadoras, aumentando de manera sustancial los salarios.

Y aunque lo conseguido no fuese suficiente, desde el punto de vista de las necesidades absolutas de los trabajadores; aunque la dictadura se dispuso desde el primer momento a quitar con una mano lo que había dado con la otra, concediendo a la oligarquía la posibilidad de aumentar los precios de toda una serie de productos básicos que inevitablemente repercutirían en el coste de la vida, el aumento de salarios arrancado al gobierno en noviembre constituyó una victoria impresionante de la clase obrera.

Esa victoria obrera de noviembre tuvo dos consecuencias importantes.

Por una parte, facilitó a los trabajadores una base legal aún más amplia para luchar por la aplicación estricta de las nuevas reglamentaciones de trabajo y tablas salariales y en defensa de las primas y gratificaciones ya anteriormente conseguidas.

Por otra, daba a los trabajadores una posibilidad material de rehacer sus fuerzas, de asimilar las experiencias de varios meses de luchas parciales o amplias.

Sobre esa base, y en función también de la intensa actividad desarrollada por nuestras organizaciones en las zonas proletarias más importantes, se produjo una elevación sensible de la conciencia de la clase obrera, de su combatividad, de su capacidad de organización y de utilización de las formas de lucha más variadas. Así, la clase obrera se colocaba en condiciones de ejercer una influencia determinante en todo el desarrollo ulterior de la situación.

Sobre ese fondo de intensa actividad de la clase obrera, comienzan a desarrollarse acciones más amplias. En el boicot a los transportes urbanos de Barcelona participa todo el pueblo, en una potente manifestación de unidad nacional. Junto a los llamamientos y consignas del Partido Socialista Unificado de Cataluña, aparecen llamamientos de otros grupos políticos, que de hecho se adhieren, con sus propias orientaciones, a la iniciativa general de los comunistas.

Y es claro que aquella acción unida del pueblo catalán tenía un evidente sentido político de protesta contra la dictadura, aunque su motivación inmediata y concreta fuese económica, al oponerse a la subida de las tarifas.

Ulteriormente, en las acciones de los días 7 y 8 de febrero en Madrid, el carácter político pasa ya a un primer plano. No habían subido las tarifas, en efecto. El aumento de salarios era un hecho todavía relativamente próximo. El alza del coste de la vida dentro de su tendencia ascensional, no había comenzado todavía esa brutal carrera que aún no ha terminado y que se inició después de la crisis.

A pesar de todo ello, la clase obrera de Madrid responde en bloque a las orientaciones del Partido Comunista, justamente elaboradas sobre la base de un análisis correcto de la situación y de la disposición de las masas a manifestarse políticamente contra la dictadura.

Y esa impresionante participación de los trabajadores madrileños en el boicot, moviliza a otras capas sociales, les infunde confianza, fortalece su decisión de participar en luchas unidas y pacíficas, ya manifestada en el período de preparación, de propaganda y de organización del boicot.

Si se nos pidiera una definición de lo que puede ser, de lo que en realidad es la reconciliación nacional, podríamos contestar: lo ocurrido en Madrid los días 7 y 8 de febrero es una gráfica expresión de la política de reconciliación nacional. No una fórmula política abstracta, sino una coincidencia de voluntades, que surge de todos los estamentos de la sociedad, en la ex-

presión de un sentimiento y de un deseo comunes: cambiar lo actual, modificar las formas políticas existentes, sin abrir un nuevo período de luchas sangrientas y de guerras fratricidas.

Simultáneamente a las acciones de masas, se iban produciendo otros acontecimientos importantes.

A lo largo de todo el curso universitario, los estudiantes de Barcelona han manifestado su oposición a la dictadura, en un movimiento de solidaridad nacional catalán, que se destaca por su extraordinaria combatividad.

Por su contenido, estas acciones de los estudiantes universitarios catalanes vienen a fundirse en el movimiento general del pueblo español por las libertades políticas y por el cambio pacífico. También en Madrid, aunque de forma menos visible, porque la lucha política ha revestido otros caracteres, y porque no existían las mismas condiciones, ha seguido desarrollándose la oposición estudiantil.

Por otra parte, los intelectuales españoles de mayor prestigio, y de procedencia ideológica muy diversa, han elevado en el curso del año universitario dos peticiones públicas, cuya importancia ha sido ya destacada en la prensa y en las declaraciones de nuestro Partido. Ellas son extraordinariamente significativas porque expresan el deseo y la necesidad de la convivencia y del diálogo, el deseo y la necesidad de acabar con los procedimientos represivos y con la arbitraria unilateralidad de la actual vida intelectual de nuestro país.

De este proceso, brevemente enunciado, ¿qué consecuencias esenciales pueden desprenderse?

Que el factor principal, determinante, de todo el desarrollo de acciones de las masas, ha sido la combatividad y la elevada conciencia de clase de los trabajadores españoles. Su participación decisiva en las luchas ha dado a éstas su cohesión interna, su carácter a la vez resuelto y pacífico.

Que los progresos de la unidad no se producen, como se recordaba en la Carta del Buró Político a los miembros de la Organización del Partido en México, de una forma mecánica, con arreglo a un esquema previamente trazado, sino de una forma dialéctica, compleja, llena de peculiaridades y de variedades originales.

Que la reconciliación nacional no surge necesariamente como consecuencia de acuerdos políticos generales entre las fuerzas de la oposición de izquierda y de derecha. Es un proceso de acuerdos parciales, limitados, a veces ni siquiera formalmente concretados, sino expresados en una coincidencia de objetivos y en el contenido común de las acciones; proceso que tiende a ampliarse, a hacerse multilateral y variado.

Que el papel dirigente del Partido se expresa especialmente en las condiciones actuales, en la aceptación por las masas de su política, en la disposición de éstas a hacer realidad esta política, y en la aceptación tácita o expresa por amplias fuerzas sociales y políticas de algunos o de todos los puntos de vista comunistas, sobre los diferentes problemas políticos, económicos y sociales que la lucha por la democracia coloca hoy en el primer plano de la actualidad política.

Estas conclusiones llevan lógicamente a plantear una cuestión de orden teórico, y de una indiscutible significación práctica. ¿Qué relación existe entre nuestra política de reconciliación nacional y el desarrollo objetivo de la lucha de clases en España?

El análisis de los factores que han hecho posible y necesaria la elaboración por el Partido de la política de reconciliación nacional —análisis ya efectuado en diversos documentos— pone de relieve con gran fuerza cómo

uno de los más importantes ha sido el restablecimiento por la clase obrera de cierto grado de unidad y de organización y la elevación de su combatividad, después del período en que el peso de la derrota y de la represión era aún dominante.

Es decir, que aparte de otros factores ya señalados, la política de reconciliación nacional se ha hecho posible gracias al desarrollo de la lucha de clases en España, que ha llevado a una agudización de la crisis del régimen, y a una nueva polarización de las fuerzas sociales en presencia. La reconciliación nacional es, pues, de hecho, el resultado y la expresión política de un determinado nivel de la lucha de clases de nuestro país.

La lucha de clases en España no se circunscribe actualmente a la originada por la contradicción fundamental en toda sociedad capitalista: la que se libra entre el proletariado y la burguesía.

Simultáneamente se desarrollan otras contradicciones objetivas que, como aquélla, tienen su expresión en la vida social y política, y que, según la situación, pasan a ocupar un primer plano o quedan relegadas a un lugar secundario en un proceso complejo y cambiante.

En España podemos destacar, en el período actual, cinco tipos o series de contradicciones objetivas principales que constituyen en última instancia al entrelazarse y modificarse mutuamente, el motor del desarrollo en nuestro país. Y nuestra táctica se funda en el conocimiento y en la utilización consciente de esas contradicciones.

Tenemos en primer lugar la contradicción fundamental entre proletariado y burguesía, que da origen a las grandes luchas obreras habidas en España y que hace del proletariado la vanguardia del movimiento democrático, catalizador del descontento general.

Un aspecto de esta contradicción es la existente entre jornaleros y campesinos trabajadores semiproletarios con la burguesía agraria y los terratenientes, que proporciona a la clase obrera el más firme aliado en la lucha por la democracia.

Tenemos, en segundo lugar, la contradicción entre el conjunto del campesinado, jornaleros, campesinos pobres y medios, campesinos ricos e incluso ciertos terratenientes capitalistas, con la oligarquía monopolista y la aristocracia latifundista absentista, contradicción que es la base de la gran oposición campesina a la dictadura.

Aparece, en tercer lugar, la contradicción que agrupa al conjunto del pueblo, desde la clase obrera a la burguesía no monopolista, frente a la oligarquía monopolista y a la dictadura del general Franco.

Existen las contradicciones que se desarrollan en el seno de las propias fuerzas oligárquicas, uno de cuyos reflejos políticos es, por ejemplo, el proceso de liquidación de Falange como partido político, y su sustitución en el aparato del Estado por el grupo del Opus Dei y la camarilla militar de incondicionales franquistas.

Y, por último, la repercusión en España de la contradicción existente en la esfera mundial, entre el campo del imperialismo y el campo socialista. Es ésta una contradicción exterior, la más general, cuyo campo de acción es universal. Esto exige que estudiemos en cada caso, al elaborar nuestra táctica, en qué forma específica se manifiestan estas contradicciones en nuestro país en un determinado período histórico.

Actualmente, la forma específica más importante de esta última contradicción es la oposición entre el conjunto del país, los intereses de la independencia nacional y del progreso económico y político de España y el imperialismo norteamericano.

Sin embargo, la contradicción que en el actual momento se encuentra en primer plano, en pleno desarrollo, que desempeña un papel determinante en todo el proceso actual, y en función de la cual han ido enfrentándose con la dictadura capas sociales que la apoyaron o se mantuvieron neutrales ante ella, es la que enfrenta al pueblo en su conjunto —desde los trabajadores hasta la burguesía nacional— a la oligarquía monopolista.

En esta contradicción se basa objetivamente la posibilidad de la política de reconciliación nacional, que constituye una de las formas específicas de la lucha de clases en nuestro país en el actual período.

Concebir, por tanto, la política de reconciliación nacional al margen de la lucha de clases, puede llevar o bien al oportunismo, o bien al sectarismo.

Y el Partido ha evitado lo uno y lo otro, al esforzarse, de un lado, por asegurar la hegemonía de la clase obrera, su papel dirigente, en todo el desarrollo de las luchas y en el proceso mismo de reconciliación nacional. Al realizar, por otro lado, una política abierta, dispuesta a todos los acuerdos, a todos los compromisos que significaran un paso adelante, por parcial y limitado que fuese, y con cualquier aliado posible, por vacilante e inseguro que sea.

Los resultados obtenidos en un año de intensa actividad política por parte de las masas y de la oposición nacional a la dictadura, demuestran que esa política es la única política justa. La única política realmente revolucionaria.

LA SITUACION ACTUAL DE LA DICTADURA FRANQUISTA

Caracterizando al régimen franquista en el Informe al Pleno de agosto pasado, decíamos que no había dejado de ser un régimen fascista, pero que era un régimen fascista en descomposición.

Este proceso de descomposición, que en el curso del año transcurrido ha ido acentuándose, se desarrolla en virtud de leyes objetivas bien conocidas. Pero se desarrolla, por otra parte, de una forma original, sin precedentes.

En realidad, ningún régimen fascista se ha descompuesto hasta ahora como resultado principalmente de la acción de sus propias contradicciones objetivas interiores. Los regímenes fascistas que hemos conocido han desaparecido como consecuencia principalmente de una derrota militar en una guerra mundial.

Esta originalidad histórica del desarrollo de la situación en nuestro país obliga a no aferrarse al pasado, a las fórmulas y soluciones tradicionales sino a buscar soluciones y fórmulas nuevas, originales también, como pensamos que el Partido ha sabido hacerlo, en cuanto a lo esencial, al elaborar la política de reconciliación nacional.

En el proceso de descomposición de la dictadura —que se ha ido acelerando bajo la presión acrecentada de las masas, precipitando los cambios en la superestructura estatal y política, cambios que a su vez facilitan la elevación del nivel político de las luchas de masas y su extensión— los fenómenos políticos más importantes producidos este año son los siguientes:

1) Liquidación de Falange, no sólo como partido fascista hegemónico dentro del Movimiento, sino como tal partido político. El reciente decreto

de reorganización del Movimiento transforma prácticamente a Falange en una organización de obras sociales.

2) Su sustitución en los órganos centrales del aparato del Estado por los hombres del Opus Dei y por militares incondicionales de la camarilla franquista.

3) La acentuación considerable del viraje de la Iglesia, como fuerza social y política, hacia posiciones que implican cambios importantes en el sistema de la dictadura. Lo cual no quiere decir que las altas jerarquías de la Iglesia no saquen hasta el último momento todo el provecho posible de las posiciones dominantes que deben al régimen franquista.

Todo ello tiene como consecuencia, y después de la crisis de febrero se ha puesto claramente de manifiesto, que la base social de la dictadura se ha restringido de manera extraordinaria.

Esto aparece con más evidencia cuando se analiza el carácter de las fuerzas que componen el gobierno actual, después de la salida, en la crisis de febrero, de los hombres más representativos de Falange y del ala derecha de la Democracia Cristiana.

El gobierno actual del general Franco ha acentuado aún más su carácter de camarilla, aislada del país, que busca cualquier expediente para mantenerse en el poder.

En esa camarilla dominan los militares, hasta tal punto que bien podría caracterizarse el régimen franquista, en la fase actual de su descomposición, de dictadura militar de los círculos más reaccionarios de la oligarquía financiera, que utiliza la ideología reaccionaria del grupo Calvo Serer, en un intento de neutralizar a las masas católicas españolas y de reagrupar a la reacción tradicional.

¿Puede decirse, sin embargo, que los generales franquistas que están en el gobierno representan realmente al conjunto del ejército español? No podría afirmarse esto categóricamente. El ejército como los demás cuerpos armados y, en general, como todas las instituciones del Estado, se ve sometido a toda una serie de presiones sociales y políticas contradictorias, que no permiten considerarlo ya como un conjunto totalmente homogéneo.

A este respecto, la salida de Muñoz Grandes, y su honorífico nombramiento como capitán general, es significativa. Y era sobradamente conocida la actitud de Bautista Sánchez, gobernador militar de Cataluña, cuya muerte repentina fué calificada por Franco de "providencial" en un Consejo de Ministros. Es decir, que generales como Barroso, o Alonso Vega, participantes actualmente en el gobierno, representan al grupo de generales más reaccionarios, que todo se lo deben a Franco, pero no gozan en el conjunto del ejército del prestigio y de la influencia que tienen otros militares.

Este es un factor que hoy todavía no parece desempeñar un papel importante, pero que puede desempeñarlo mañana, cuando la agravación de la crisis económica y el nuevo auge de las luchas de masas planteen con fuerza acrecentada los problemas de los cambios indispensables en el sistema actual de la dictadura.

Por otra parte, tenemos a los hombres del Opus Dei. ¿Qué es el Opus Dei, bruscamente colocado en la plena luz de la vida política española, después de años de tortuoso y tenaz esfuerzo por conquistar los resortes esenciales del Estado?

El Opus Dei es una secta político religiosa, nueva versión de los Apostólicos fernandinos, cuya ideología se desarrolla en la línea del pensamiento contrarrevolucionario tradicional. Es la ideología y el programa de Acción

Española, puestos al día en algunos aspectos secundarios. Con Carrero Blanco, Vigón, Ullastres, López Rodó, Pérez Embid, Rodríguez Casado y otros (Calvo Serer ha quedado al margen porque tampoco el Opus Dei pone todas sus cartas en una sola jugada), el Opus Dei domina sectores económicos y políticos de primera importancia.

En muy pocos meses, sin embargo, el Opus Dei ha quedado desenmascarado y desprestigiado ante la opinión pública. Ello se debe a múltiples factores. A la oposición general del pueblo a su política económica y social ultrarreaccionaria. A las contradicciones exacerbadas en el seno de la oligarquía dominante por su intromisión descarada en todos los negocios del Estado. A sus procedimientos desprezables de intriga, delación y calumnia, de los que no se ha salvado ni la Compañía de Jesús, ni varios círculos de la Democracia Cristiana y de Acción Católica.

Tal ha sido la repulsa general ante estos procedimientos del Opus Dei, caracterizados por su ya célebre informe policíaco sobre los grupos de oposición —ateniéndose a los límites del cual ha actuado la policía política de la dictadura en sus últimas detenciones— que el Opus Dei se ha visto obligado a desmentir públicamente ser el autor de dicho informe.

Ese desmentido del Opus Dei es una demostración de cínico descaro, pues se sabe que fué expresamente redactado por el Opus Dei para Franco y el Ministro de Gobernación, y que fué discutido en Consejo de Ministros. Incluso se conocen los nombres de algunos de los indicadores que han facilitado los datos en él manejados. Pero es también evidente señal de debilidad tener que responder a una opinión pública que no puede expresarse libremente.

Un factor que contribuye al aislamiento del Opus Dei es la actitud adoptada hacia él por las fuerzas católicas en su conjunto, incluyendo algunas de las jerarquías más importantes de la Iglesia.

Actitud de distanciamiento, de marcar diferencias, y en algunos casos, de neta oposición. Cuando ECCLESIA, órgano de Acción Católica, y en este caso portavoz de las jerarquías eclesiásticas, subraya que la presencia en el gobierno de personas pertenecientes al Instituto de Apostolado Seglar del Opus Dei no significa que la Iglesia gobierne, cuando en otros comentarios editoriales insiste en que nunca puede confundirse la Iglesia con el Estado, que son entidades autónomas, no debemos interpretarlos como mera fórmula diplomática.

Allí se refleja el deseo de la Iglesia de no verse asimilada ni al Opus Dei, ni al gobierno actual, cuya duración no le inspira demasiada confianza. Pero también se refleja la presión de la gran masa de las organizaciones católicas más directamente vinculadas con las aspiraciones populares, como son las H.O.A.C. y la J.O.C.

Nuestra posición, la posición del Partido Comunista a este respecto, es clara. Consideramos que la lucha contra el Opus Dei, como parte integrante de las fuerzas oligárquicas que sostienen a la camarilla franquista, es una tarea insoslayable y urgente.

Y no lo es sólo de las fuerzas de izquierda o liberales; en esta lucha podemos coincidir, y de hecho coincidimos, aunque por motivos diferentes, con las fuerzas católicas de la Democracia Cristiana y de otros sectores católicos, que no consideran incompatible el progreso social con la religión.

Y es necesario subrayar para que quede bien claro ante los católicos, que la lucha contra el Opus Dei no es una lucha antirreligiosa ni anticlerical, sino una lucha política, que forma parte de la lucha general de la oposición nacional contra la dictadura.

Como aclaración a nuestra posición sobre los diferentes grupos políticos y sociales, conviene recordar la formulación que hacíamos en nuestra Declaración de junio sobre el grupo de Calvo Serer: "Entre sus concepciones y las del Partido Comunista, por ejemplo, hay enormes diferencias. Sin embargo, es perfectamente posible la participación de unos y otros, en un régimen parlamentario, con nuestros diferentes y opuestos puntos de vista".

Es decir, que el Partido Comunista, denunciando y combatiendo a las fuerzas que hoy constituyen el apoyo fundamental del régimen, no niega ni rechaza la posibilidad de actuación de esas fuerzas en otras condiciones políticas.

Reducida la base social del régimen, que hoy se limita prácticamente a los círculos de la oligarquía financiera y a determinados sectores del aparato del Estado, de la Iglesia y del Ejército, la dictadura franquista declina aceleradamente, a pesar de los esfuerzos de los círculos oligárquicos monopolistas interesados en su mantenimiento.

Aislada y acosada en sus últimos reductos, la dictadura del general Franco sigue siendo el enemigo principal, contra el que deben concentrarse todos los esfuerzos de la oposición nacional.

No establecemos la divisoria principal entre monarquía y república, ni entre socialismo y liberalismo, ni entre catolicismo o ateísmo, sino entre dictadura y régimen de libertades políticas.

A las especulaciones de ciertos grupos de la oposición sobre el carácter del futuro régimen, después de la caída de la dictadura; a las coaliciones políticas que se forjan teóricamente con excesiva fantasía, para cuando llegue ese momento, los comunistas respondemos y responderemos siempre que el enemigo principal actual es la dictadura franquista, y que contra ella, es contra quien deben ser dirigidos los esfuerzos de todos.

LA ACTITUD DE LAS DIFERENTES FUERZAS FRENTE A LA DICTADURA

¿Cuál es la actitud de las diferentes fuerzas de oposición frente a la dictadura del general Franco?

En el período transcurrido desde nuestro último Pleno, ha seguido acelerándose el proceso de reagrupamiento y formación de las fuerzas políticas.

En este proceso de reagrupamiento resulta imposible aplicar esquemáticamente los tradicionales conceptos de izquierda y de derecha. Existen fuerzas católicas que hubieran sido consideradas en otros tiempos como fuerzas de derecha, y que hoy no es posible hacerlo de una manera general.

En muchos y muy importantes aspectos de política social, incluso de política exterior, se situarían en una nueva izquierda. Pero también se da el fenómeno contrario.

En este sentido, hay que comprender que la situación es de una inestabilidad extraordinaria y que toda clasificación de las fuerzas, aunque sea necesario hacerla para orientar nuestra política, tiene siempre un carácter provisional y forzosamente un tanto esquemático.

Esta última afirmación se hace aún más evidente cuando se pasa a caracterizar las fuerzas católicas en nuestro país. Las tendencias políticas no

han cristalizado todavía en el seno de éstas, salvo en algún caso particular, en agrupaciones formalmente estructuradas.

Son más bien corrientes de opinión, dentro de lo que genéricamente pueda denominarse Democracia Cristiana, que influyen, a veces contradictoriamente, en las masas católicas y en las organizaciones seculares de la Iglesia, las cuales constituyen, en realidad, las bases para la formación de un futuro partido político.

A la derecha de estas fuerzas, utilizando siempre este término de "derecha" en sentido relativo y sujeto a fluctuaciones, puede situarse la corriente que encabezan personalidades como Martín Artajo y Ruiz Jiménez. Es decir, hombres que han sido ministros de Franco, y en los cuales confiaba la Iglesia para asegurar, sin rupturas violentas, la evolución del régimen hacia formas más abiertas.

El fracaso de esta tentativa, debido principalmente a que la agudización extrema de la crisis del régimen no daba lugar para maniobras a tan largo plazo, no quiere decir que la Iglesia haya retirado su confianza a estos hombres.

Parece indicar más bien lo contrario la carta que el Cardenal Primado envió a Alberto Martín Artajo, a raíz de su desplazamiento del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Es difícil saber qué conclusiones políticas habrán sacado estos hombres de su paso por el gobierno y de su desplazamiento de éste. En cualquier caso, es de suponer que esta experiencia no ha pasado en balde; y un indicio de ello nos lo da la conferencia pronunciada por Ruiz Jiménez en un Colegio Mayor de Madrid, en la cual formuló algunas tesis que parecían orientarse hacia el reconocimiento de la necesidad de restablecer un régimen de partidos y de libertades políticas en España.

El grueso de las fuerzas católicas sigue agrupándose en torno a hombres como Gil Robles, Jiménez Fernández y el Obispo de Málaga, Angel Herrera; que al parecer han establecido o desarrollado sus relaciones con otros grupos, principalmente de signo monárquico y liberal. Del seno de estas fuerzas se destaca, con una tendencia más radical, el grupo de la Unión Democrática Cristiana, que ya ha formulado sus puntos programáticos y fijado su posición sobre algunos de los problemas políticos españoles.

A la izquierda de las fuerzas católicas se ha ido desarrollando un movimiento amplio, importante, y que puede representar algo nuevo en la vida política española.

A través de los Boletines de las HOAC, de la JOC, de la JUMAC (Junta universitaria madrileña de Acción Católica), a través de documentos como el que ha dado a conocer el llamado grupo de Santander, a través de toda una serie de iniciativas y de acciones prácticas, puede llegarse a la conclusión de que este movimiento está en pleno desarrollo y que su peso específico es ya importante en la constelación de las fuerzas católicas.

De hecho, en las protestas y acciones de masas del último período, estos grupos han desempeñado un papel combativo, coincidiendo en lo esencial con los comunistas y con las demás fuerzas revolucionarias de la clase obrera, incluso en los casos en que no ha habido acuerdos, ni siquiera relaciones entre unos y otros.

Sobre la cristalización de las fuerzas liberales no será preciso insistir, porque es un proceso suficientemente claro. La actividad de la oposición liberal había alcanzado en el último período un grado de desarrollo bastante elevado, y ello constituía para el régimen un serio peligro. Ante la opinión pública, en efecto, la cristalización de la oposición liberal comen-

zaba a aparecer como un pequeño puente entre las fuerzas políticas de izquierda y de derecha.

De aquí, que la represión de la dictadura se abatiera sobre ella, con el propósito de amedrentar a las fuerzas sociales que podían sentirse de acuerdo con sus programas y planteamientos, fuerzas sociales que tienen en España una base muy amplia.

Las fuerzas monárquicas, por su parte, siguen divididas, vacilantes entre varias perspectivas, y sin orientarse con decisión hacia ninguna. Su arraigo en el pueblo, como tales fuerzas monárquicas, es ínfimo. Uno de sus grupos se deja manejar desde el Gobierno, prestando su apoyo a la manobra de restauración lanzada por Franco y por el Opus Dei, ante la agravación de la crisis del régimen, restauración que significaría pura y simplemente la continuidad de la política franquista, la continuidad del 18 de Julio, el establecimiento de una monarquía dictatorial.

Pero otro grupo monárquico, que se presenta como más directamente vinculado al pretendiente, se opone a aquella tendencia.

Las fuerzas de Falange, o procedentes de ésta, se hallan, por último, en una fase de disgregación total. De hecho, Solís y Sanz Orrio han aceptado en el Gobierno los cargos de liquidadores de la Falange, poniendo así punto final al proceso en curso desde hace ya tiempo.

Proliferan como consecuencia de todo ello los grupos y subgrupos de origen falangista, algunos de los cuales, los más jóvenes, se orientan hacia posiciones más democráticas. Sindicalistas, jonsistas, Falanges Universitarias: todos estos grupos actúan de manera dispersa, y en sus programas se mezclan confusamente, dentro de una retóricaseudorrevolucionaria, aspiraciones auténticamente progresivas, con los restos del naufragio ideológico fascista.

Es de suponer que las últimas medidas tomadas por el Gobierno en orden a la liquidación definitiva de Falange como tal partido político, y la propia presión del movimiento de masas, favorecerán la radicalización de los grupos más sanos y su alineamiento en las filas de la oposición anti-franquista.

En cuanto a las fuerzas republicanas, su actitud se caracteriza esencialmente en función de dos factores primordiales.

Primero, que son fuerzas que actúan desde la emigración, sin organizaciones vinculadas a las masas en el interior del país. Sin embargo, y ello constituye un síntoma positivo, en este último período puede percibirse cierto auge relativo de la actividad de propaganda de esas fuerzas en España, principalmente de los socialistas.

El segundo factor lo constituye el papel que el PSOE desempeña en la constelación de fuerzas republicanas. Ello ha permitido de una parte que se pongan de manifiesto coincidencias importantes, entre las fuerzas republicanas y nosotros, en cuanto al carácter del régimen de transición que pueda organizar la libre consulta popular.

De otra, sigue predominando la más absoluta pasividad en cuanto a la organización de medidas concretas para acelerar la caída de la Dictadura. En esta actitud de pasividad, el PSOE sigue oponiendo su veto a las relaciones y acuerdos prácticos con el Partido Comunista, llevando a remolque en esa orientación errónea a las demás fuerzas republicanas.

Esta actitud del PSOE constituye un obstáculo serio al desarrollo de la unidad de acción de las fuerzas republicanas y obreras.

En todas las fuerzas de la oposición antifranquista del interior el pun-

to de coincidencia se encuentra en el reconocimiento de que es necesario llegar a la sustitución de la Dictadura por una vía pacífica.

En cuanto al carácter institucional del régimen de transición, predomina una actitud de espera, una actitud "posibilista", aunque vaya abriéndose camino la idea de un gobierno de transición sin carácter institucional, que organice libremente la consulta popular.

Esta es la opinión, por ejemplo, de importantes sectores católicos y de ciertos grupos liberales. Y en su formación ha influido considerablemente, en primer lugar, la política de reconciliación nacional del Partido Comunista, y posteriormente la Declaración conjunta de los partidos republicanos de la emigración.

El Partido Comunista considera necesario decir a todas estas fuerzas que ha llegado la hora de pasar el Rubicón.

Ante la agravación de la situación económica y el nuevo desarrollo, en un nivel político cada vez más elevado, del movimiento de masas, una toma de posición clara sobre la cuestión de la sustitución de la Dictadura, una participación más activa en la organización de las luchas contra aquélla, significarían adelantar enormemente la solución pacífica del problema español.

SOBRE LA IDEA DE LA INEVITABILIDAD DE LA MONARQUÍA

La necesidad y la inevitabilidad de un cambio político está presente en el ánimo de todas las fuerzas político-sociales del país. Incluso la camarilla franquista se esfuerza en defender y popularizar la idea de que son posibles modificaciones dentro del régimen y habla de una "situación constituyente", de un "sistema abierto", a modificaciones y cambios.

En esta coyuntura asistimos a una amplia y bien orquestada campaña monárquica.

Esta campaña tiene un doble carácter que no puede pasar inadvertido. [Haciendo promesas de restauración, facilitando la presentación ostentosa en instituciones públicas, en fiestas y reuniones de sociedad del hijo del pretendiente al trono, Franco trata de contener a los monárquicos de dentro y de fuera del Ejército, para que no pasen a una oposición activa contra su gobierno; intenta conservarlos a su lado y apoyarse en ellos ante la descomposición irreversible del Movimiento, el alejamiento cada día más pronunciado de la Iglesia y gran parte de las fuerzas católicas del régimen, así como el crecimiento del movimiento popular de protesta.

Por otro lado los monárquicos se aprovechan de la situación para extender y propagar la idea de la *inevitabilidad* de la monarquía, e intensificar su propaganda en otros momentos prohibida, tomando posiciones que les acerquen a su objetivo restaurador.

Dicha campaña corre a cargo lo mismo de los elementos monárquicos que quieren la Restauración con Franco, que de aquellos otros que podemos considerar antifranquistas y que querrían dar a la restauración forma de un nuevo Sagunto, porque se resisten a endosar la nada envidiable herencia política de estos veinte años.

La secundan y extienden los grupos liberales, monárquicos o "posibilistas" que con el argumento de que el Ejército es la única fuerza que

puede realizar un cambio, presentan la monarquía como una forma *inevitable* de transición hacia la democracia, y basándose en esta supuesta *inevitabilidad*, tratan de embarcar a las fuerzas republicanas y obreras en las galeras reales.

Tan extraordinaria propaganda a favor de un régimen al que otrora Franco culpaba de “un siglo de incuria liberal”, impresiona a muchas gentes sencillas que, estando a cien leguas de ser monárquicas, desean desesperadamente que el régimen actual desaparezca. |Por conocer este estado de ánimo, los propagandistas monárquicos insisten sobre el tema de la “monarquía *inevitable*”, sobre el falso supuesto de que otras soluciones son impracticables, tratando de crear una atmósfera de resignación.

También los comunistas hemos sido requeridos para que demos nuestro apoyo a una solución monárquica. Nuestra respuesta, con todo el respeto para los requirentes, ha sido clara:

Somos partidarios de que el pueblo resuelva libremente qué régimen político debe instaurarse en España, una vez liquidada la dictadura. Si el pueblo, con todas las garantías de libertad para pronunciarse, lo hace por la Monarquía, nosotros —que en tanto que comunistas somos republicanos— nos inclinaremos ante el veredicto popular y lucharíamos por nuestros principios dentro del régimen democráticamente establecido.

Sobre este particular, nuestra actitud se asemeja a la que han hecho pública las demás fuerzas republicanas y obreras.

Es la actitud que pensamos deberían adoptar recíprocamente los monárquicos de diversa filiación que deseen de verdad poner término al espíritu de guerra civil, en el caso de que, contrariamente a lo que ellos suponen, el pueblo prefiera la República a la Monarquía.

En otros momentos, los comunistas que no nos aferramos a soluciones rígidas y estáticas, hemos sido combatidos desde el campo republicano y socialista, porque al sostener que la cuestión del régimen debía ser resuelta libremente por el pueblo, renunciábamos a la restauración pura y simple de la República del 31, con su Constitución y sus leyes.

En general, nosotros pensábamos y pensamos que no es posible volver atrás, a la República del 31; que si el pueblo eligiese un régimen republicano; sería la República de hoy, de esta época, que debería diferenciarse de la República del 31 en dos aspectos: menos intolerancia hacia las diversas posiciones políticas, escuelas filosóficas, o doctrinas religiosas y mayor profundidad en los cambios democráticos de la estructura económica que el desarrollo nacional y el interés del pueblo demandan.

Nuestra negativa a ver la solución en la simple restauración de la República del 31, sin previa consulta, posición que hoy comparten incluso quienes antes nos la censuraban, nos da aún más autoridad para rechazar el requerimiento monárquico y llamar seriamente la atención sobre las consecuencias que un tal intento comportaría.

Junto a nuestra opinión de que la cuestión del régimen debe ser resuelta democráticamente, hay otras razones de peso para negarnos rotundamente a prestar nuestro apoyo a una restauración monárquica: esas razones conciernen al presente y al porvenir de nuestro país.

Sin desconocer las diferencias que existen entre unos y otros grupos monárquicos; sin confundir al Opus Dei con los monárquicos antifranquistas o de tendencia liberal, y menos aún con los “posibilistas” —a quienes consideramos equivocados, pero de buena fe— la realidad es que lo que unos y otros ofrecen, bajo la denominación de “monarquía tradicional” o

de "transición hacia la democracia", es la prolongación de la dictadura tras una cobertura monárquica.

La "monarquía tradicional" del Opus Dei en la forma, significaría el retroceso a la época fernandina; por su contenido, sería el régimen de la oligarquía y de los grupos más reaccionarios. La diferencia con lo actual sería insignificante.

Incluso los monárquicos liberales y los "posibilistas", en sus requerimientos de apoyo, anuncian que habrá un período de dictadura monárquica, que durará según sus previsiones cinco años, antes de proceder a una consulta al pueblo. Es decir, cinco años más sin libertades, sin elecciones, que además ¿quién garantiza no van a prolongarse durante un plazo más largo si, ingenuamente, las fuerzas democráticas decidieran dar su apoyo?

En las condiciones presentes la monarquía, repito, sería el régimen político representativo de la oligarquía financiera monopolista. Con la restauración monárquica la situación de la clase obrera, de las diversas capas campesinas, los intelectuales, las clases medias y la burguesía no monopolista, sería igual, cuando no peor, que lo es hoy. Esa solución sólo serviría para dar un cierto respiro a las clases dominantes; pero los problemas económicos, sociales, políticos y morales planteados seguirían en pie y agravándose, y la posibilidad de una transición pacífica de la dictadura a la democracia se vería seriamente comprometida.

Nosotros apoyaremos todo cuanto signifique un paso adelante; pero no podemos apoyar aquello que tienda a prolongar la situación actual bajo cualquier forma, incluso bajo la forma monárquica.

He ahí la posición clara de los comunistas ante esta cuestión y así hemos respondido a quienes nos requerían. Nuestra actitud, en suma, es ésta: alcanzar las libertades políticas para los españoles y que éstos resuelvan de una manera democrática cuál es el régimen que desean para España.

Por otro lado, y respondiendo a una pregunta que se hacen hoy no pocos españoles, queremos aclarar aún más nuestra opinión a este respecto:

¿Es verdaderamente *inevitable* la restauración de la monarquía antes de que haya libertades políticas en España?

Nosotros pensamos que la dictadura monárquica no es *inevitable*; antes bien, resulta muy difícil instaurarla, pese al interés de la oligarquía monopolista en esa solución.

Se dice que el Ejército es la única fuerza que puede realizar un cambio, echando a Franco; que el Ejército es monárquico y, por tanto, él puede instaurar la monarquía. Sobre esta premisa se llega a la conclusión de la *inevitabilidad*.

Afirmar que el Ejército es la única fuerza capaz de echar a Franco no corresponde a la realidad. Hasta ahora los hechos demuestran que la lucha de las masas populares, la unanimidad con que el pueblo se ha manifestado en Barcelona y Madrid, en las huelgas del Norte, en acciones como la de Valladolid, constituyen la fuerza que ha ido modificando la situación política, planteando la necesidad apremiante de un cambio.

La lucha de la clase obrera y del pueblo en general, ha hecho estallar las contradicciones que existían en el llamado "movimiento nacional", disgregándolo, reduciéndolo al papel de un mero figurante en la dirección del Estado.

Esa misma lucha ha determinado que aunque el Opus Dei participe en el Gobierno, las fuerzas más importantes del catolicismo actúen en actitud de oposición *moderada* y las mismas jerarquías de la Iglesia se desolidaricen en forma cada vez más visible de las responsabilidades del régimen.

No reconocer el papel determinante del movimiento de masas en la crisis de la dictadura, es negar la evidencia misma.

Es verdad que Franco encuentra aún su apoyo más sólido entre los altos mandos del ejército. Pero no en todos, naturalmente.

Y, ¿quién se atreverá a afirmar que ese apoyo puede ser mantenido de manera permanente?

Más lógico es pensar que de la misma manera que las acciones de las masas han contribuido de forma determinante a la disgregación del Movimiento y a los cambios en la orientación de la política católica, la continuidad de estas acciones puede producir y producirá sin duda cambios en el Ejército, que lleven a éste a retirar su apoyo a la dictadura.

Aunque en la historia los hechos no suelen repetirse de la misma forma, un antecedente, el de la consulta de Primo de Rivera a los capitanes generales, que determinó su caída, debería inspirar prudencia en sus juicios a los que niegan la posibilidad de que el auge del movimiento popular y la agravación lógica de la crisis, determine a los mandos del Ejército a retirar su apoyo al dictador y a dar paso a la libre expresión de la voluntad nacional.

Junto a la presión del movimiento popular y a la crisis del régimen, hay otro factor que puede tener influencia sobre la actitud del alto mando: la preocupación por preservar la unidad del Ejército, por impedir que se rompa su cohesión y disciplina.

Y es evidente que la prolongación de la dictadura franquista amenaza directamente la unidad y la cohesión del Ejército, de lo que aparecen ya síntomas visibles. Cuanto más dure esta situación, tanto más clara aparece la posibilidad de descomposición y enfrentamiento entre diversos sectores y jefes del Ejército. Y es indudable que están interesados en evitarlo, tanto el alto mando como las clases dominantes del país, aunque ello exigiera sacrificar a Franco.

La posibilidad de descomposición en el Ejército tornaría aún más aguda en el caso de la prolongación de la dictadura bajo una forma monárquica. Entonces ya no sería Falange, ni el "movimiento nacional", ni el Opus, quienes soportarían el peso de la crítica y de la aversión nacional; sería directamente el propio Ejército, como autor y sostenedor principal de esa situación.

Ello quebrantaría decisivamente la unidad del Ejército, su cohesión, su disciplina y podría incluso determinar que en su seno apareciese una oposición republicana, apoyada en la oficialidad joven —menos atada al pasado—, en los mandos modestos y las clases de tropa.

¿Por qué no suponer en el alto mando dotes de perspicacia suficientes para prever esta eventualidad y tratar de evitarla?

Que una parte del alto mando sea monárquica no es un argumento para negar la posibilidad de que el Ejército, en un momento determinado, retire su apoyo al régimen sin plantearse el problema de la restauración monárquica. También era monárquica —y quizás más que hoy— en 1931 y ni el Ejército ni la Guardia Civil salieron a la calle enfrente del pueblo que proclamaba la República.

Si el movimiento de masas alcanza mayor amplitud y desarrollo, y en ello están interesadas todas las fuerzas que verdaderamente desean cambios en la política española, el papel determinante que este movimiento desempeña en todo el curso de la situación, se afirmará aún más y descartará la

dictadura monárquica; evitará nuevos años de opresión y conducirá a una solución democrática.

Esta es la realidad, en oposición a toda la agitación que trata de hacer pasar como *inevitable* la prolongación monárquica de la dictadura.

Los comunistas debemos llevar a las masas la comprensión de esta realidad, impulsándolas a rechazar toda actitud de resignación, de fatalismo ante lo que se considera *inevitable*, y que no lo es. Los comunistas debemos ayudarlas a ver que en sus manos está la posibilidad de liquidar la dictadura del general Franco y de evitar su prolongación bajo otras formas, sean las que sean.

Y hacemos constar que nuestra actitud contra la continuación de la actual o parecida situación bajo una forma monárquica, no entraña vacilación o duda sobre la necesidad de golpear juntos, si es posible, de acuerdo con los monárquicos antifranquistas, contra el régimen del general Franco; no afecta a nuestra voluntad de realizar acuerdos antifranquistas con ellos, por muy temporales y limitados que sean.

POR QUE ESTAMOS DISPUESTOS A APOYAR A UN GOBIERNO LIBERAL DE TRANSICION

El ministro Gual Villalbí, que al parecer ha vuelto a recibir autorización para hablar, ha reconocido el 15 de junio en Sabadell que a causa de la falta de "colaboración" de los españoles:

"...el gobierno conductor se encuentra como si le pusiesen un mecanismo del todo desvencijado, en el que no hay una pieza que esté en su sitio y aparece como desgastado."

Es evidente que si un ministro del general Franco piensa así, y reconoce que "se desea un cambio de escena... sin pensar que la escena que vendrá después puede ser peor" y que hay quienes "esperan siempre un cambio político o social", es porque la idea de la inevitabilidad de un cambio ha penetrado profundamente en los españoles.

Pero, al mismo tiempo, existe todavía gran confusión sobre cómo se producirá ese cambio y en qué consistirá. Esta confusión se debe principalmente a que no existe aún un acuerdo entre las fuerzas antifranquistas de izquierda y derecha, y un programa común.

Si las fuerzas de izquierda y derecha se concertaran para proponer al país una solución que devuelva al pueblo la posibilidad de decidir libremente sobre el futuro régimen; si frente a la dictadura del general Franco, "ese mecanismo desvencijado en el que no hay una pieza que esté en su sitio", se propusiera la alternativa de un gobierno de amplia coalición nacional, sin signo institucional definido, apoyado por todos los antifranquistas, que convoque a elecciones, previa restauración de las libertades políticas, el problema político de España se resolvería rápidamente.

Resulta significativo que la revista franquista *El Español* haya creído necesario salir al paso del efecto que podría producir el establecimiento de un acuerdo entre las fuerzas de derecha e izquierda, publicando un artículo

reproducido por otros periódicos en el que anticipándose a la realidad, se anuncia, tratando de disminuir su importancia, la aparición de un manifiesto firmado por personalidades de la emigración y del interior.

Tras del intento de tomar a chacota una posibilidad de este género, se oculta en realidad el temor a las repercusiones que podría tener.

Lo que permite al caudillo ir tirando, con medidas y decisiones contradictorias, es el hecho de que, *frente a su gobierno tambaleante, no se ha presentado todavía por una conjunción política de fuerzas de derecha y de izquierda, la alternativa de una solución de gobierno inspirada en el principio de la reconciliación nacional.*

La salida a la situación la ha propuesto el Partido Comunista en su Declaración de Febrero, al fijar su posición respecto a la crisis del gobierno franquista:

“El Partido Comunista de España —se dice en ese documento— ha declarado repetidas veces su disposición a apoyar cualquier gobierno que dé pasos efectivos en la dirección arriba indicada. Esta actitud del Partido Comunista entraña la idea de que es muy difícil, si no imposible en este momento, una transición pacífica de la dictadura a la democracia, sin alguna o algunas fórmulas intermedias que abran el camino a una situación en que la soberanía popular pueda manifestarse libremente. Sólo el empecinamiento en retrasar la inevitable liquidación de la dictadura de Franco podría, llevando al extremo límite su descomposición, determinar su hundimiento vertical y hacer inútil y tardía cualquier fórmula de transición.

”En el estado actual de la crisis una de estas fórmulas de transición que podría encontrar apoyo y comprensión por parte de los más amplios sectores del país, incluido nuestro Partido, sería un gobierno compuesto por elementos liberales de diverso matiz, que diese una amplia y efectiva amnistía política, iniciase el restablecimiento de las libertades públicas, sin discriminación, y se preocupase del mejoramiento efectivo de las condiciones de vida del pueblo.”

¿Por qué esta proposición causó tal perturbación en la camarilla franquista, que se creyó obligada, como ya he señalado anteriormente, a salir al paso de ella con una desaforada campaña anticomunista?

Porque esta proposición ofrece a todas las fuerzas españolas una solución política, que corresponde a la situación del país, solución que puede ser aceptada por los más diversos grupos políticos y encontrar amplio apoyo en la opinión pública.

¿En qué consisten las ventajas de esta proposición, mientras no exista una coalición antifranquista y un gobierno que la represente?

En que esta proposición se inspira en la idea de realizar un cambio pacífico, sin derramamiento de sangre, sin abrir una nueva guerra, como deseamos todos los españoles.

El establecimiento de un gobierno liberal no representaría una ruptura radical con la situación que existe hoy, ya que en el seno de lo que fué “movimiento nacional”, y como su propia negación, se han desarrollado corrientes liberales que, en un momento dado, podrían facilitar la transición pacífica. Naturalmente que esta posibilidad presupone la existencia de un gran movimiento popular de masas que presione con suficiente fuerza para determinar el cambio.

Por otro lado, un gobierno liberal tendría que dar pasos hacia el establecimiento de libertades políticas; no podría permanecer indiferente ante el malestar de las diversas clases y capas sociales, estaría obligado a actuar bajo la influencia de las corrientes generalizadas en favor de la reconciliación nacional.

Un gobierno liberal podría contar, en cierto modo, con el apoyo o la neutralidad de las fuerzas de derecha antifranquistas y de las de izquierda, y en torno suyo sería posible realizar ya que no una coalición, una especie de tregua política sobre los problemas litigiosos que dividen y no exigen inmediata solución, concentrando el esfuerzo en combatir las resistencias a la marcha hacia la normalización política del país.

Y, al hablar de una tregua, los comunistas entendemos por ella, no la paz social sino la voluntad de anteponer momentáneamente las cuestiones urgentes que unen a los españoles opuestos a la dictadura, a las que puedan dividirles.

Cierto que un gobierno liberal sería un gobierno burgués, socialmente más bien conservador, propenso por tanto a favorecer los intereses de las clases dominantes en detrimento de la clase obrera y las masas trabajadoras urbanas y campesinas; y que tal gobierno, daría pasos hacia el establecimiento de las libertades políticas con grandes vacilaciones.

Pero el valor de esta solución surge por contraste con el régimen actual, y con las proposiciones de dictadura monárquica o de directorio militar que otros sectores ponen en circulación. Como se dice en la Carta del B. P. a los camaradas de México:

"...las consignas cambian de contenido según la situación. Las mismas palabras que en un momento dado significan progreso, avance, en otro momento equivalen a retroceso, a reacción. La constitución de un gobierno liberal en España hoy sería positiva; aún lo sería más un gobierno de amplia coalición en el que el Partido y las fuerzas democráticas ocupasen el lugar que les corresponde. El valor de estas consignas surge del contraste con lo que hay actualmente, que es una dictadura fascista. En cambio en Hungría, esas mismas consignas tenían un significado opuesto, equivalían al triunfo de la contrarrevolución."

La solución de un gobierno liberal sería apoyada por nosotros, si sur-giese en la actual coyuntura. Estamos dispuestos a defenderla como la más conveniente, mientras no haya una amplia coalición y un gobierno surgido de esta coalición.

Esa solución puede darse como resultado de la convergencia del crecimiento de la lucha de masas y de la descomposición de la dictadura, antes de que se halle formada una coalición, y sería un producto de la atmósfera de reconciliación nacional que se extiende entre los más amplios sectores político sociales. Las mismas clases dominantes pueden verse obligadas a aceptarla, por temor a otras soluciones peores para ellas.

Con este planteamiento sobre el gobierno liberal, el Partido Comunista ha probado, además, que nuestro deseo de un cambio pacífico es sincero; que estamos dispuestos a hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para evitar violencias sangrientas en la transición, y esto, a pesar de las provocaciones de la camarilla franquista. Nuestro Partido demuestra así, una vez más, su disposición a la unidad y al entendimiento con todas las fuerzas antifranquistas.

DOS CAMINOS DEL DESARROLLO DEMOCRÁTICO EN ESPAÑA

En España, la contradicción entre el régimen político y las exigencias del desarrollo social, ha llegado a un punto en que no solamente las fuerzas de oposición exigen cambios democráticos, sino que en las alturas, entre las propias fuerzas dominantes, se evidencia la imposibilidad de seguir gobernando de la misma forma, con los mismos métodos que hasta aquí.

Actúan inexorablemente las leyes del desarrollo social, cuyo conocimiento pone en manos de nuestro Partido, inspirado en la teoría del marxismo-leninismo, la posibilidad de prever el desarrollo de los acontecimientos.

Todos los intentos de impedir la caída de lo actual, de mantener en pie la dictadura de la camarilla franquista, están condenados al fracaso. Por esta razón, ni los discursos de Carrero Blanco, ni las arengas de Franco, ni la disparatada y ridícula teoría sobre el caudillaje, de Arias Salgado, podrán galvanizar el cadáver del llamado "movimiento nacional". No hay ninguna posibilidad de reunificar y de reconstituir dicho bloque y nadie, seriamente, puede concebir la esperanza de que el decreto de 29 de julio, aporte ninguna vitalidad a algo irremediabilmente caduco.

Partiendo de un comienzo de reconocimiento de esta realidad, el mismo Franco trata de reagrupar en torno a la perspectiva de la monarquía —y hoy por hoy, en torno a su persona— a las fuerzas reaccionarias tradicionales, dando prácticamente de lado cada vez más al "movimiento nacional".

Sin embargo, aunque pudiera lograrse —cosa hoy problemática— el reagrupamiento de las fuerzas de la reacción tradicional, ésta no representaría un fortalecimiento de la base de Franco, sino su estrechamiento, ya que tales fuerzas son sólo una parte del citado "movimiento".

De otro lado, esas fuerzas sufren el mismo proceso de división y de disgregación que el resto del "movimiento nacional". Incluso si llegaran a entenderse no habrían resuelto nada; por su naturaleza y su política esas fuerzas sólo pueden agravar aún más los problemas planteados ante el país.

Además, la reacción tradicional no tiene hoy la base de masa que poseía en 1936, sobre todo en el campo y entre las clases medias. Y no la tiene, porque la monstruosa concentración monopolista ha radicalizado, en mayor o menor proporción, a las demás clases de la sociedad, incluidas las que en el pasado apoyaban a los partidos reaccionarios tradicionales.

Mientras en 1936, había un partido católico, la CEDA, en el que las tendencias liberales eran muy débiles, y en el que predominaba la orientación hacia un fascismo clerical, hoy, las corrientes liberales y democráticas entre las fuerzas católicas son muy considerables, bajo la influencia de la situación general en España y en el mundo.

El Opus Dei no puede aspirar de ninguna manera a reemplazar hoy en un reagrupamiento de la reacción tradicional, la fuerza de masas que en aquel período representaba la CEDA, porque esas masas han cambiado, han evolucionado, y no hacia atrás, sino en un sentido progresivo.

El intento de aferrarse a lo que declina irremediabilmente, apoyándose en las fuerzas más caducas, no tiene ningún porvenir.

Precisamente por haber sido comprendido esto, el llamamiento del Partido Comunista a la reconciliación nacional ha encontrado tan favorable eco en todas las clases y capas sociales del país; en gran parte de las fuerzas y de las personalidades que participaron en el "movimiento nacional", y de ahí el crecimiento de las corrientes favorables a un entendimiento entre derechas e izquierdas, para buscar una salida pacífica del fascismo a la libertad política.

Hoy las corrientes que empujan a un amplio acuerdo contra la dictadura son tan fuertes que ya han determinado una serie de acuerdos parciales, limitados en la acción, y no pocas coincidencias para ésta, aún sin acuerdos pactados. Estas corrientes han cristalizado en un primer intento de hallar la base para un acuerdo político general.

Y aunque los objetivos propuestos hasta ahora para ese acuerdo político general sean inaceptables, el solo hecho de haber comenzado a discutir, marca ya un progreso.

En el transcurso de esas relaciones, con la ayuda que la experiencia brindará a unos y a otros y, sobre todo, con el apoyo del creciente movimiento de masas, no será imposible llegar a establecer ciertas posiciones comunes, sobre la base de dejar que el pueblo se pronuncie libremente por el régimen que desee.

Pero los pasos adelante no nos impiden ver los serios obstáculos que aún subsisten para un acuerdo entre derechas e izquierdas contra las dictadura del general Franco.

Los obstáculos son aún muy grandes y los comunistas debemos representárnoslos con claridad, precisamente para poder vencerlos mejor.

En el terreno de la política española, estos obstáculos provienen de las vacilaciones de esa parte de la oposición que todavía no ha roto definitivamente con Franco por temor a las consecuencias del desarrollo de la democracia en España; de los que tantean la posibilidad de un acuerdo con las izquierdas no comunistas, con la exclusión de nuestro Partido, acuerdo que preserve los intereses fundamentales de la oligarquía y de los terratenientes.

Provienen, asimismo, de la actitud antinacional y antidemocrática de ciertos dirigentes socialistas, para los cuales el enemigo principal no es Franco, sino el Partido Comunista.

También influye de forma no desdeñable, el largo período de anticomunismo, de mentiras, de calumnias y de perfidias anticomunistas de la propaganda franquista que ha dejado su sello en la mentalidad de muchos elementos burgueses y pequeño-burgueses, que no conocen a los comunistas, que ven a éstos a través de esta propaganda capciosa y filistea tendiente a mantener la dictadura franquista como un pretendido valladar a los avances del comunismo.

Sin embargo, estos obstáculos habrían sido probablemente vencidos a la hora presente por la fuerza del movimiento popular y las poderosas corrientes unitarias, si no concurriesen otros factores negativos, que ejercen un gran peso en la situación de España y que vician y falsean la relación de fuerzas en el interior de nuestro país.

Estos factores están ligados a la situación internacional de España. Nuestro territorio se encuentra en la Europa Occidental capitalista y los países de esta zona han sido transformados por el imperialismo norteamericano en base político-militar de sus actividades encaminadas a la domi-

nación mundial y a la preparación de la agresión contra la Unión Soviética y el campo del socialismo.

Para conservar esa base, el imperialismo norteamericano ha mantenido, contra la opinión democrática mundial, la dictadura del general Franco; ha ayudado en Portugal a Oliveira Salazar; ha contribuído a aplastar la lucha de liberación de Grecia; impide la reunificación pacífica y democrática de Alemania; ha fomentado la división sindical en Francia e Italia; y sostiene con sus dólares, en los países de Europa occidental, gobiernos que secundan dócilmente su política.

A la vez, el imperialismo norteamericano, con todos los poderosos medios de presión y de corrupción a su alcance, impone a los partidos burgueses, pequeño-burgueses y socialdemócratas europeos, una política de veto contra los Partidos Comunistas, a los que pretende aislar y descomponer.

A pesar de todo, los imperialistas no han logrado debilitar el movimiento comunista. Por el contrario, todo muestra el fortalecimiento y consolidación de los Partidos Comunistas que han hecho frente con firmeza a los intentos disgregadores de los enemigos del Comunismo. Pero, al mismo tiempo, el imperialismo ha logrado que los partidos burgueses, pequeño-burgueses y socialdemócratas secunden su política anticomunista, aunque los intereses de los pueblos y de la democracia hayan sido gravemente quebrantados por esta política divisionista.

¿Por qué imponen los yanquis la política anticomunista a las fuerzas políticas de los países a quienes ellos han prestado su ayuda económica? Porque eso facilita la realización de su política tendiente a la dominación mundial y al desarrollo de sus planes agresivos contra el campo del socialismo.

Si en cualquier país importante de Europa occidental se rompiera el veto anticomunista y se formasen coaliciones entre las fuerzas democráticas, socialistas y comunistas, el panorama político internacional cambiaría de manera radical a favor de la paz y de la amistad entre los pueblos.

La política de coexistencia sería una realidad no sólo por parte de la Unión Soviética y de los países del campo del socialismo, sino por parte de los países europeos, en donde se estableciese el entendimiento sin discriminación de todas las fuerzas democráticas y pacíficas, lo que determinaría la ruptura de los bloques militares agresivos, el cese de la carrera armamentista y la pérdida de posiciones militares y políticas del imperialismo americano.

Es decir, podría producirse una transformación de la situación internacional en el sentido de la consolidación de la paz mundial, del florecimiento de la independencia y de la verdadera colaboración entre Estados, del auge de las corrientes democráticas y socialistas, del bienestar general.

España sufre las consecuencias de ese veto, que trata de imponer la exclusión del Partido Comunista de una coalición antifranquista, y como consecuencia retrasa y dificulta la formación de ésta.

Estas condiciones son aprovechadas por el general Franco para mantenerse en el poder, para prolongar su dictadura. Sin embargo, el desarrollo previsible de los acontecimientos en España indica que la desaparición de la dictadura no podrá ser de ninguna manera evitada.

Incluso podría darse el caso, como ya hemos dicho, de que sin haberse formado todavía una coalición, las fuertes corrientes de reconciliación nacional, la presión del movimiento de masas y la catastrófica situación económica determinen la desaparición de la camarilla del general Franco de la escena política.

¿Y qué sucedería si, por la fuerte presión del imperialismo yanqui, del Vaticano y de algunos dirigentes de la II Internacional, apoyados por el anti-comunismo de ciertos dirigentes socialistas españoles y de algunos elementos de derecha, se llegase a la formación de una coalición política sin el Partido Comunista?

¿Cómo haríamos frente a las complicaciones que una tal situación crearía, primero para la liquidación de la dictadura, y después para la realización de las transformaciones democráticas que exige el desarrollo del país?

No consideramos desplazado que el Comité Central examine esta hipótesis del desenvolvimiento político, no imposible, aunque tampoco fácil. Que la examine el Partido y esté preparado por si llegara a ser realidad.

Si tal hipótesis se diera, los comunistas no caeríamos en una simple e ingenua actitud de condenación moral, en una declaración vana contra las deslealtades y las traiciones al interés del pueblo, aunque por otro lado no dejaríamos de denunciar este aspecto y aprovechar la ocasión para mostrar a las masas quiénes son sus verdaderos y quiénes sus falsos amigos.

No caeríamos tampoco en una actitud sectaria que nos aislase de las masas.

Nos esforzaríamos —y hemos demostrado ya tener cierta capacidad para la tarea— por conseguir que la división impuesta por arriba fuese contrarrestada por la unidad por abajo, entre el movimiento popular de masas y los hombres dirigentes de diversas tendencias más directamente ligados con este movimiento y menos sensibles a las influencias reaccionarias e imperialistas, hombres que ya hoy consideran una insensatez intentar luchar sin los comunistas, y aún mucho más, contra los comunistas.

Hombres que están más cerca del pueblo y, por consiguiente, de los comunistas, que de los dirigentes antiunitarios y anticomunistas.

Ese sería el eje de nuestra táctica. Y sobre él nos esforzaríamos en mantener —o en establecer— relaciones, compromisos y alianzas con todos los dirigentes, altos y medios, de otros grupos de dicha coalición, que aun sin atreverse a levantar su voz contra la exclusión de los comunistas, la tolerasen o aceptasen, incluso considerándola un error; nos esforzaríamos también en vencer la resistencia de los dirigentes antiunitarios por la acción de las masas, que en España se manifiestan abierta y decididamente por la unidad de acción.

Combatiendo los aspectos negativos de la política de dicha coalición, apoyaríamos dentro de ella a todos los elementos más democráticos, más unitarios.

Nuestra actividad tendría como base y punto de partida una situación objetiva más favorable para nosotros que para ellos, pues la caída de la dictadura no va a resolver milagrosamente los problemas económicos, políticos y de todo orden que existen en España, y estos problemas difícilmente podrán tener una solución sin nuestra contribución.

Resultaría, que aun sin estar dentro de esa posible coalición, ésta tendría que contar con nosotros, con nuestras proposiciones políticas, con nuestra fuerza, con nuestra influencia, que no renunciaríamos a ejercer, no sólo en el movimiento popular, sino incluso dentro de esa misma coalición.

La formación de una coalición sin comunistas conduciría a crear una dualidad de dirección en el movimiento nacional antifranquista. Por un lado, el organismo rector de esa coalición; por otro, el Partido Comunista y los elementos más democráticos que podrían concertarse con nosotros.

Una de esas direcciones, la de la coalición sin comunistas, actuaría atenuada por graves contradicciones internas, por graves divergencias, acentuadas por las exigencias de las masas que no se satisfarían con promesas, que exigi-

rían hechos. No podría realizar una política consecuente y daría bandazos de un lado a otro.

Esta dirección se emplearía en frenar el movimiento popular, en impedir las transformaciones democráticas, en resistir frente a las demandas de los trabajadores; todo lo cual iría lógicamente debilitando su posición.

Ligados por los compromisos con el imperialismo, se verían forzados a realizar una política exterior e interior que seguiría comprometiendo la seguridad y la independencia del país, la estabilidad de su economía, y su neutralidad.

La otra dirección, la ejercida por nuestro Partido y por los elementos más democráticos, sería más homogénea; estaría en condiciones de realizar una política más consecuente en relación con la democratización del país, con los problemas de las masas, con la defensa de la neutralidad española y la extensión de las relaciones internacionales necesarias a nuestra economía.

Esta dualidad de dirección crearía una situación nueva en España, sin ninguna semejanza con la que hubo en 1931.

Por eso se equivocan los que piensan que las cosas van a repetirse como cuando el Pacto de San Sebastián y el bienio republicano socialista y que llegan hasta a olvidar que incluso entonces la no participación en el gobierno de los anarcosindicalistas y de los comunistas —pese a ser nuestro Partido pequeño y estar bajo una dirección sectario oportunista— les dió no pocos quebraderos de cabeza.

Ahora todo sería muy distinto, pues no en balde el pueblo español ha pasado por la experiencia de la República, de una guerra, y por veinte años de fascismo que podían haberse evitado si la República hubiera hecho una política social más audaz y menos demagogia anticlerical.

Hoy mismo existen ya ciertos elementos que permiten suponer lo que, en una escala más amplia, podría suceder en ese momento. Por un lado existen ciertas relaciones entre grupos de derecha y de izquierda no comunistas, con la finalidad, al parecer, de hacer una coalición sin el Partido.

Mas, por otro lado, existen también parecidas relaciones entre esos grupos de derecha y los comunistas, y entre nosotros y los grupos de izquierda, excepción hecha de los dirigentes de la Ejecutiva socialista. Y aunque estas relaciones no se aireen, no dejan por ello de ser tan efectivas y reales como las otras.

Y en realidad más fructíferas, porque a la hora de organizar la acción de la clase obrera y de las masas populares, los grupos que realmente actúan en España conocen la importancia del Partido Comunista y su influencia entre las masas. Conocen la capacidad de lucha, la lealtad y la firmeza anti-franquista de los comunistas y cuentan con nosotros, mientras que de sus relaciones con los grupos del veto anticomunista son muy pocas las experiencias positivas que pueden contar.

Lo cual hace que de hecho sean más estrechas y sostenidas las relaciones de las fuerzas activas de la oposición en el país con nosotros comunistas, que con aquellos en quienes se piensa para una coalición que excluya al Partido.

¿Por qué no podría producirse, de una u otra forma, esta contradictoria situación e incluso en una escala más amplia que hoy, aunque llegase a cuajar en una coalición sin comunistas?

Siguiendo el examen de esta hipótesis, que aunque no deseamos y tratamos de evitar, tampoco nos asusta, ¿adónde podría conducir esa dualidad de dirección una vez liquidada la dictadura?

Posiblemente a la creación de tres bloques, bien definidos, en la política nacional.

En un lado, la extrema reacción, los partidarios de un neofascismo, de la "monarquía tradicional" y otras enacrónicas soluciones con una reducida base de masas, pero ejerciendo cierta influencia sobre la derecha del segundo bloque.

A continuación, otro bloque que podría comprender a la democracia cristiana, a ciertos republicanos y liberales derechistas y al Partido Socialista.

Y por fin, otro bloque, en donde junto con el Partido Comunista podrían figurar un nuevo liberalismo o republicanismo, más democrático —para el cual existe base social en España—, una fuerza socialista de izquierda, que abonan las mismas tradiciones del socialismo español y la radicalización de las masas, incluidos los sectores de las clases medias que podrían sentirse más inclinados hacia un Partido Socialista; el movimiento cenetista que cada día se acerca más a las posiciones del Partido Comunista, e incluso un movimiento católico de carácter social, avanzado; que comienza a dar en España los primeros pasos, sin olvidar las fuerzas democráticas nacionales de Cataluña, Euzkadi, Galicia y Navarra, que encontrarían en nuestro Partido el más fiel y sincero aliado.

En el segundo de esos bloques, el Partido Socialista y los republicanos, aislados de las fuerzas más vitales del pueblo, serían prácticamente prisioneros de la derecha y el ejemplo de Saragat y Paciardi en Italia podría ser virles de lección.

El puesto de estos partidos de la izquierda, entre las fuerzas de la democracia avanzada no quedaría vacío; sería ocupado por fuerzas más jóvenes y dinámicas, que apuntan ya en el panorama de la política española.

No debería olvidar nadie, repetimos, que lo que lleva a su fin a la dictadura del general Franco —y lo que daría en tierra con cualquier formación política que persistiera en no verlos— es la necesidad de profundos cambios democráticos en la estructura económica y no sólo en la superestructura política.

Sin cambios en la base económica, no se recortarán los tentáculos del pulpo monopolista ni se dará una vida digna a los obreros, a los campesinos y a las capas medias, es decir, a la inmensa mayoría del país.

Si hay políticos que buscando siempre su inspiración en el pasado y careciendo de toda idea sobre el porvenir, consideran que con tal coalición forzarían al Partido Comunista al aislamiento, les advertimos que pueden renunciar a estas esperanzas.

El Partido Comunista no perderá su rumbo bien establecido. Su objetivo inmediato a través de la reconciliación nacional es el paso pacífico a la democracia, y la realización de las transformaciones democrático-burguesas que España necesita en un clima de convivencia civil.

Su política consiste en lograr la más amplia unidad de todas las fuerzas interesadas en esta política, sobre la base de recíprocas concesiones y de mutuo respeto a los compromisos contraídos. Ninguna exclusión nos apartará de este camino. Lucharemos por reducirla y, con ayuda del movimiento de masas, la reduciremos.

Sin embargo, nadie deberá olvidar que esa coalición, si llegase a cuajar, puede hacer imposible el desarrollo democrático pacífico de España, que nosotros deseamos por profundas razones.

La dualidad de dirección que provocaría es susceptible de conducir a una

polarización extrema de fuerzas que dificulte el funcionamiento normal de las instituciones democráticas y cree nuevos gérmenes de violencia.

¿Es acaso eso lo que desean para España los partidarios de la exclusión del Partido Comunista?

Nosotros, aun estando políticamente preparados para tal contingencia, insistimos, y continuaremos haciéndolo, en favor de la única solución que, además de acelerar la liquidación de la dictadura franquista, puede ser la base para un desarrollo pacífico y democrático de España; de la solución que permita a todas las fuerzas políticas exponer sus principios y luchar por su triunfo, dentro de una legalidad democrática que respete los derechos de todos.

Esta solución es un acuerdo político, un entendimiento entre todas las fuerzas antifranquistas, de derecha e izquierda sin excepción, para dar al pueblo la posibilidad de manifestarse libremente por el régimen que desee.

En este acuerdo, en esta coalición —si tomase la forma de una coalición— cada partido, cada grupo conservaría su fisonomía propia, su independencia; no sería prisionero de nadie.

Sólo tal acuerdo sería capaz de impedir nuevas maniobras dilatorias del régimen para retrasar su caída.

La colaboración establecida en la lucha contra la dictadura, el compromiso mutuo de desenvolverse dentro del régimen legal que el pueblo establezca, crearía un clima propicio a que incluso en un futuro, cuando cumplidos los compromisos comunes las diferentes fuerzas coligadas se separen, o se operen nuevos agrupamientos, la polémica entre ellas pueda desenvolverse en un ambiente de civismo, de democracia, que permita al país superar más de 120 años de guerras civiles, pronunciamientos, golpes de Estado, conjuraciones, complots y terrorismo, cuya responsabilidad recae sobre las fuerzas reaccionarias, y que la dictadura del general Franco ha coronado con el período más sangriento y feroz que se conoce en las contiendas civiles españolas.

Los comunistas preferimos ese camino para España, porque es el que puede evitar nuevos sacrificios al pueblo, el que puede conducir a acrecentar las riquezas nacionales y a hacer una más justa distribución de ellas.

Lo preferimos también, porque el desarrollo pacífico de la democracia hará más fácil en el futuro la vía al socialismo.

Y en la coyuntura internacional presente, este camino puede ser un factor de paz, privando a los imperialistas de la posibilidad de cometer nuevos atentados contra nuestra independencia y de convertir a España en un foco de guerra.

El Partido Comunista ha propuesto este camino que es el que conviene al pueblo y que estamos convencidos será apoyado por éste.

Todo el proceso de reconciliación nacional, de unidad de las amplias fuerzas antifranquistas, que se desenvuelve en España, no puede ser visto como un fenómeno espontáneo, como el resultado de una especie de determinismo mecánico.

Sobre unas condiciones objetivas dadas actúa como fuerza motriz la clase obrera, impulsando y encabezando con sus luchas el movimiento de todas las fuerzas antifranquistas del país. Por ello, nuestra política de reconciliación nacional es una síntesis de la lucha y de la unidad del movimiento de oposición antifranquista.

Nuestros planteamientos sobre la reconciliación han sido precedidos y acompañados de una política y una actividad práctica del Partido, encamina-

das a impulsar la lucha de las masas trabajadoras, en lo que se han conseguido innegables resultados, a los que más adelante me referiré.

Esta síntesis de la lucha y la unidad, que es la base de nuestra política de reconciliación nacional, hace que su contenido difiera esencialmente de la actitud de otros grupos, incluido el Partido Socialista, que aun llamándose obreros, no tienen en cuenta la relación entre la acción de las masas trabajadoras y la unidad de acción de la oposición antifranquista, y no hacen nada por estimular aquella acción; antes al contrario, la frenan.

IMPORTANCIA DE LA UNIDAD OBRERA

Porque nuestra política es la aplicación creadora del marxismo leninismo a la realidad española y no el resultado de una concepción idealista, pequeño-burguesa, del desarrollo social, los comunistas consideramos de gran importancia y significación la unidad de la clase obrera; y nos esforzamos por hacer esta unidad más amplia, sólida y profunda.

La acción del Partido por la unidad obrera se desenvuelve teniendo en cuenta las particularidades del desarrollo de la situación durante estos últimos veinte años.

En el período de la República, la clase obrera estaba dividida en tres tendencias principales: socialistas, anarcosindicalistas y comunistas. Veinte años de fascismo han alterado esta distribución de fuerzas. Los partidos y organizaciones de la clase obrera no han podido actuar a la luz pública y realizar su propaganda normalmente. Ha crecido una nueva generación. Las fuerzas más activas de la clase obrera, los trabajadores de 20 a 35 años, no han tomado parte en la guerra, no han conocido la democracia.

En su conciencia, la influencia de las antiguas tendencias no es profunda; gran parte de ellos, aunque han demostrado combatividad y espíritu de solidaridad de clase, no han podido aún clarificar plenamente su pensamiento político, tienen confusiones y están sometidos a diversas influencias extrañas y opuestas al proletariado.

Un hecho nuevo es, como ya señalamos en nuestro pasado Pleno, la existencia de un movimiento católico de tipo obrerista que no puede identificarse con los viejos sindicatos amarillos; es mucho más sano y combativo y en él aparecen ciertas nociones de lucha de clases, pese a la influencia de la Iglesia.

Otro hecho que se da principalmente entre grupos de empleados y funcionarios, e incluso entre algunos obreros, es la influencia, aunque sea reducida, de ciertos grupos que se siguen llamando falangistas "sindicalistas".

Hoy no puede dejarse de contar con la existencia y la influencia que, aunque relativa, puede ejercer una burocracia sindical falangista en ciertos sectores atrasados de los trabajadores, que se prolongará mientras dure la situación actual.

Y, sobre todo, no hay que olvidar tampoco la existencia de amplias fuerzas trabajadoras, que no poseen una orientación política definida, aunque en parte considerable de ellas exista simpatía, unas veces vaga, otras más concreta, hacia el comunismo.

Nuestro Partido tiene en cuenta todas estas particularidades del desarrollo en los últimos veinte años para no encerrar el problema de la unidad

obrero en términos que eran justos durante la República, pero que ahora resultarían estrechos ante la complejidad de la situación.

Por eso hemos planteado con gran fuerza la obligatoriedad de trabajar por la unidad de la clase obrera, no sólo en los sindicatos verticales, sino también en las HOAC y en las JOC, y seguiremos combatiendo todas las tendencias sectarias que dificulten esta labor.

Por eso, también, hemos aconsejado no hacer ninguna discriminación con obreros y empleados que han tenido el carnet de Falange, o que aún lo tienen, pero que se colocan en el terreno de la defensa de las reivindicaciones obreras y en una actitud de rebeldía contra la dictadura.

De ahí que estemos dispuestos al entendimiento con funcionarios de los sindicatos verticales, con grupos "sindicalistas" de procedencia falangista que muestren su disposición a apoyar la lucha reivindicativa de los trabajadores y a facilitar la democratización de los sindicatos, a fin de que los obreros encuentren en éstos un instrumento de defensa.

No se trata solamente de la influencia relativa que estos grupos puedan tener desde el punto de vista político e ideológico entre la clase obrera; incluso aunque aquélla fuese reducida, como creemos, estos grupos disponen de una ventaja sobre las fuerzas obreras tradicionales que, por el momento, neutraliza la influencia más profunda que puedan tener algunas de éstas, cuya actividad se percibe muy poco: la ventaja de que actúan legalmente, tienen posiciones importantes en la superestructura actual, y eso les da posibilidades que sería infantil negar o desconocer.

Trabajar con esas fuerzas constituye una de las particularidades de la acción necesaria hoy para unir a la clase obrera. El Partido debe superar toda reserva sectaria en este orden y proceder con audacia e iniciativa. En los casos, ya numerosos, en que el Partido trabaja así, los importantes resultados logrados confirman nuestra orientación.

Junto a estas particularidades del presente, se halla la labor cerca de las fuerzas tradicionales, particularmente del Partido Socialista. A este aspecto seguimos concediéndole la principal atención, porque es lo decisivo para la unidad de la clase obrera, hoy y aún más en el futuro.

El Partido Comunista lleva a cabo una consecuente labor para establecer relaciones con el Partido Socialista. Desgraciadamente, a la carta de nuestro Comité Central, y a otras posteriores la dirección del Partido Socialista no ha considerado conveniente responder.

Deliberadamente hemos rehuído toda polémica sobre cuestiones que hoy no están en el primer plano, y que podrían contribuir a crear nuevos roces y a dificultar las relaciones entre los dos partidos obreros.

Esta actitud no es correspondida por la Ejecutiva Socialista, que se opone no ya a cualquier acuerdo, sino incluso a la celebración de conversaciones oficiales u oficiosas. Hoy nosotros podemos hablar con todas las fuerzas políticas, excepción hecha de la Ejecutiva del Partido Socialista, lo cual no deja de ser peregrino.

Sabemos que fuerzas socialistas del interior y de la emigración, disconformes con la actitud antiunitaria de los dirigentes, han pedido un cambio de actitud; pero sus demandas no han sido escuchadas.

Persistiremos en nuestras propuestas y nuestra actividad unitaria. Para nosotros, por encima de factores secundarios y de amor propio, está el interés de la clase obrera, los intereses de la democracia y del socialismo.

Algunas personalidades socialistas, entre las que destaca Prieto, mantienen una actitud contradictoria, que refleja la justeza de nuestra orienta-

ción. Sobre una serie de cuestiones, como, por ejemplo, la solución que debe darse al problema del régimen, sobre la política internacional de España, en la crítica de la política yanqui; sobre la defensa de la paz y la prohibición de las armas termonucleares, Prieto defiende posiciones semejantes a las nuestras.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, no resiste a los deseos de lanzar una andanada contra los comunistas, como si quisiera recordar a alguien que él es, invariablemente, anticomunista.

El incluso llega, como en uno de sus últimos artículos, a adoptar una incalificable actitud, denunciando a los españoles que vuelven a la patria sin claudicar, aprovechando las nuevas posibilidades existentes para ello, como si pretendiera azuzar y justificar la represión franquista contra ellos.

¿Qué pueden pensar los trabajadores socialistas, los españoles de todas las tendencias que regresan a España, de la actitud de Prieto a este respecto? ¿Qué pueden pensar los trabajadores españoles, que con tanto cariño reciben a los que llegan?

Nosotros quisiéramos ver al líder socialista en el declinar de su vida, que deseamos sea prolongada largos años, con una actitud más en armonía con su papel de dirigente socialista, que no puede dejar de reconocer los cambios operados en el mundo.

Desearíamos verle en una actitud que favoreciese el acercamiento de comunistas y socialistas para hacer triunfar en España ese "colectivismo" que él considera superior al capitalismo.

Y estamos convencidos que ese acercamiento se producirá impuesto por los propios trabajadores socialistas que ven en los comunistas, no sus enemigos, sino sus hermanos de clase, sus compañeros de lucha por el socialismo.

La resistencia que encontramos cerca de los dirigentes del Partido Socialista para una acción conjunta contra la dictadura franquista, no nos hará desistir de nuestra política unitaria.

Redoblabremos nuestros esfuerzos y tenemos confianza en llegar a modificar esas actitudes con el apoyo de los camaradas socialistas que tienen una mejor comprensión de las necesidades de la situación, y con la ayuda del movimiento de unidad que se desarrolla entre las masas trabajadoras.

Asimismo, reforzaremos la labor unitaria cerca de los camaradas de la CNT, entre cuyos militantes encuentran nuestras proposiciones y nuestra política un eco cada vez más favorable.

La lucha por la unidad y la acción de la clase obrera, base de la política de reconciliación nacional, será continuada por nuestro Partido con tenacidad y firmeza.

Madrid, Barcelona, Asturias, el País Vasco, Navarra, Valladolid y otros tantos ejemplos, muestran que la política de unidad de los trabajadores, que la política de reconciliación nacional, pese a todos los obstáculos, se abre camino, y va siendo convertida en una realidad por la actividad y la lucha de las masas.

Los resultados alcanzados por esta política, las amplias perspectivas abiertas por ella a todas las fuerzas político-sociales, confirman que el Comité Central del Partido ha sabido enjuiciar certeramente la situación y sacar las deducciones pertinentes en orden a la política exigida por las condiciones existentes en nuestro país.

Nuestra política de reconciliación nacional ha sido aprobada por el Partido y por numerosos simpatizantes; la suscriben con su apoyo los traba-

jadores a medida que van conociéndola; la han adoptado, porque corresponde a sus sentimientos, todos aquellos hombres y grupos sociales interesados en terminar con la situación actual, incluso aunque ideológicamente sean anticomunistas.

Un éxito así, camaradas del Comité Central, sin envanecernos, confirma que hemos acertado, y que hemos elaborado una línea política justa.

La lucha por convertirla en realidad, por que sea un hecho el paso del fascismo a la democracia por la vía pacífica, y por el establecimiento de un régimen donde todas las fuerzas sin excepción puedan defender sus ideas y principios dentro del respeto a la voluntad popular, será todavía difícil y complicada.

Los comunistas nos esforzaremos en desplegar la máxima iniciativa y flexibilidad para superar las dificultades e impulsar adelante las poderosas corrientes que van en la dirección que proponemos. Escucharemos y tendremos en cuenta las sugerencias y propuestas constructivas que se nos hagan; aprenderemos en nuestra propia experiencia y en la de los demás a escuchar la voz de las masas en todo momento; a hacer nuestra táctica ágil y flexible en el reagrupamiento de todas las fuerzas antifranquistas para acelerar el fin de la dictadura franquista y lograr, por fin, la libertad para nuestro pueblo.

LUCHAS OBRERAS Y POPULARES CONTRA LA DICTADURA

¿Cómo se ha manifestado la resistencia obrera y popular al franquismo, en el tiempo transcurrido desde nuestra última reunión plenaria?

Las acciones de los trabajadores y la protesta popular contra el régimen van teniendo caracteres y proporciones no conocidos en ningún otro país fascista, lo que se explica por el acusado debilitamiento del poder y por la descomposición del régimen franquista.

La clase obrera ha logrado arrancar un aumento de salarios tan importante que incluso no lo ha logrado la clase obrera de los países capitalistas, en donde la lucha por los aumentos de salarios se ha llevado en el mismo período de tiempo con una gran amplitud.

Lo que no significa que el franquismo y la burguesía española sean mejores que las clases dirigentes de otros países. La dictadura franquista viéndose en situación difícil, ha tratado con ese aumento de salarios, de contener el desarrollo de la lucha popular contra ella.

Sin embargo, Franco no ha conseguido detener ni paralizar la acción de la clase obrera y de las fuerzas populares contra su régimen.

Los boicots al transporte realizados en Madrid y Barcelona, en los que participó toda la población laboriosa de las dos más grandes ciudades españolas —Madrid cerca de dos millones de habitantes, Barcelona un millón cuatrocientos mil—, realizados después de logrado el aumento de salarios, evidencian la madurez política de las masas; el crecimiento de la oposición al régimen y la impotencia de éste para impedir el desarrollo de estas acciones.

El boicot de Madrid especialmente tiene una significación política especial, sin negar este carácter al boicot de Barcelona.

Pero en la capital de Cataluña, además de existir la concentración proletaria más importante de España, existe el factor nacional, lo que determina que el clima político en esta región sea constantemente tenso y antifranquista, y la actividad antifranquista relativamente más fácil.

En Madrid, donde existen hoy importantes núcleos obreros que no existían en 1936, vive toda la burocracia franquista, militar, estatal, falangista, un aparato policíaco monstruoso, los Estados Mayores de la oligarquía, los centros intelectuales fundamentales, la aristocracia, decenas de millares de comerciantes y de artesanos, de modestos vendedores, constituyendo una población distinta por su carácter a la de Barcelona.

Pues bien, en ese Madrid de obreros, de clase media, de empleados, de comerciantes, de artesanos, de intelectuales, de burócratas, de militares, que es lo que da tono y carácter a la capital de España; el boicot al transporte fué organizado, preparado y anunciado con varios días de antelación, sin que pudieran evitarlo las autoridades.

¿Por qué no pudieron evitarlo? Porque era todo el pueblo el que participaba; era el "todo Madrid", que expresaba, asumiendo sobre sí la representación de toda España, la repulsa española a la dictadura franquista.

Y cuando se haga la historia de la dictadura habrá que partir en el enjuiciamiento de su declive, de las grandes protestas de masas iniciadas por la clase obrera vasca en 1947 y ampliadas en Cataluña en 1951 y 1956, y con el boicot de Madrid, que son como piedras miliarias en el camino que conduce al hundimiento de la dictadura, y al establecimiento de un régimen democrático en nuestro país.

* * *

La situación de malestar y de descontento en el campo lleva a los campesinos a protestar contra la política económica de la dictadura, que pesa de manera brutal sobre todas las capas de la población campesina laboriosa.

Estas protestas de los hombres del agro han tomado cuerpo en diferentes acciones a todo lo largo del país, y se han reflejado en las innumerables y agudas críticas de los campesinos y obreros agrícolas, a la política agraria del gobierno, en los once congresos regionales de las Hermandades y en la reciente Asamblea Nacional de estas organizaciones campesinas.

Pero sería empequeñecer la cuestión campesina, que tiene una importancia decisiva para el desarrollo general de la lucha contra la dictadura y por la realización de la revolución democrático-burguesa en nuestro país, tratar de reducir a una enumeración de hechos de protesta la realmente trágica situación del campo en España bajo la dictadura franquista.

Por ello yo me concreto a mencionar este problema vivo y palpitante que está en el primer plano de nuestras preocupaciones, porque en nuestra reunión hay un punto del orden del día dedicado a esta cuestión, y en el que de una manera amplia y concreta serán examinados los problemas del campo y se fijará la posición del Partido a este respecto.

En relación con la amplitud de las protestas y del crecimiento de la oposición a la política de la dictadura, cabe señalar la actitud de los estudiantes en las universidades de Barcelona, Madrid, Valladolid, Salamanca y otras ciudades españolas, abiertamente antifranquista.

La solidaridad, ya citada, de ilustres personalidades científicas, académicas, universitarias y literarias, con la actitud de los estudiantes, expresada en los documentos publicados uno el 2 de noviembre de 1956 y otro el

20 de febrero de este año y dirigidos al Ministro de Educación Nacional en demanda de libertad de los estudiantes detenidos y por el levantamiento de las sanciones que pesaban sobre numerosos estudiantes de la Universidad de Barcelona, reflejan la inconformidad de lo más destacado de la intelectualidad española con la situación actual.

Sectores de la burguesía comercial, como los comerciantes de tejidos de Madrid, reunidos en asamblea a finales de enero de este año, han llegado a amenazar con el cierre de los comercios en protesta contra la política fiscal del gobierno.

Con excepción de los grupos financieros y monopolistas que son los beneficiarios del régimen, no hay capa ni grupo sociales, que no manifieste de una u otra forma su descontento y oposición al régimen.

Pero lo que destaca, es el crecimiento y maduración de la conciencia de clase de los obreros, de su espíritu de lucha, de una mayor confianza en sus fuerzas.

El aumento de salarios obtenido en octubre aliviaba de momento la situación de los trabajadores, pero no resolvía el problema fundamental de la carestía de la vida.

En la defensa de este aumento de salarios, los obreros debieron mostrar una vez más frente a la burguesía su decisión de no dejarse arrebatar lo que era una conquista obtenida a través de la lucha.

Como es conocido, el gobierno autorizaba a las empresas a que los pluses, primas y otros aumentos concedidos después de marzo del 56, por encima de lo establecido en la ley, se considerasen como parte del aumento acordado en octubre.

En algunas provincias, una de ellas Vizcaya, hubo patronos que pretendieron retirar los aumentos extraordinarios que habían concedido anteriormente.

En otros lugares, como Madrid y Asturias, hubo patronos que ofrecieron resistencia a hacer efectivo el nuevo aumento de salarios.

Pero con la misma decisión con que los obreros habían arrancado aquellas mejoras suplementarias después de marzo, lucharon para que fueran mantenidas.

Me refiero a esto, porque ello da una idea más clara de los cambios operados entre la clase obrera, que no sólo lucha por conquistar aumentos de salarios, sino que no tolera que éstos sean disminuídos con añagazas y maniobras de los capitalistas.

En el mes de marzo de este año, una semana después de formado el nuevo gobierno, Asturias y España se conmovían por el movimiento huelguístico iniciado por los obreros mineros de la Camocha en Gijón, y que más tarde se extiende en el valle del Nalón, en Laviana y Carbayín.

Los mineros asturianos fueron a la huelga, unos en defensa de sus reivindicaciones, otros por solidaridad con los obreros de la mina María Luisa, que permanecían en los pozos, negándose a salir a la superficie hasta tanto que no fuesen satisfechas sus peticiones de modificación de las listas salariales que las compañías rehuían.

En estas huelgas, con las que Asturias abre de nuevo las páginas de su historial combativo, uno de los rasgos más impresionantes fué la actitud de las mujeres de los mineros.

Como tantas veces en el pasado, las mujeres de los mineros se mostraron como dignas compañeras de los hombres de las minas.

Fueron ellas, las mujeres de los mineros, a las que saludamos con profundo cariño, las animadoras de la resistencia de sus maridos; fueron ellas las

que recorrieron las minas recabando la solidaridad de los trabajadores; fueron ellas las que se enfrentaron con las fuerzas represivas, sin arredrarse ante presiones ni amenazas de las autoridades.

En todas estas acciones y durante todo este período de luchas, los trabajadores han ido conociendo hasta dónde llegan las posibilidades de utilizar los sindicatos en defensa de sus intereses, y cada día más apremiantemente surge la necesidad de democratizar estos sindicatos, de hacer de ellos auténticas organizaciones obreras independientes de la patronal y del gobierno.

En los últimos meses, y para contrarrestar la actividad reivindicativa de la clase obrera, el gobierno, respondiendo a exigencias de los grandes grupos industriales, dictó el decreto de despidos. Hasta el presente este decreto no ha sido aplicado o lo ha sido en grado ínfimo. En todo caso, la gravedad del hecho es evidente y él constituye un arma en manos de los patronos que puede ser empleada amparados por la ley, contra los trabajadores, en caso de crisis, de luchas reivindicativas o de depresión económica.

El gobierno ha sometido a las Cortes un proyecto de ley de Convenios Colectivos de Trabajo, según el cual patronos y obreros pueden convenir sobre materia de salarios y otras cuestiones relacionadas con el régimen de trabajo en las empresas, reservándose la facultad de establecer lo que debe ser el salario mínimo.

Este Convenio que la propaganda regimentada presenta como una panacea, está concebido de forma que la decisión sobre nuevos convenios de trabajo queda en manos de las jerarquías de los sindicatos verticales y del gobierno.

Sin embargo, tanto el decreto de despidos como el proyecto de Convenios Colectivos de Trabajo, es un reconocimiento en la práctica del fracaso de la política sindical del franquismo.

Durante estos últimos años, los trabajadores hicieron saltar el bloqueo de los salarios, han impuesto los aumentos de éstos, han obligado al gobierno a retroceder.

El decreto de despidos y el proyecto ley de Convenios Colectivos de Trabajo vienen a reconocer lo que la propaganda franquista ha negado reiteradamente: la oposición de intereses entre patronos y obreros, la existencia de la lucha de clases.

Y es precisamente la existencia y desarrollo de la lucha de clases lo que va destruyendo las artificiosas instituciones franquistas, lo que va imponiendo una nueva reestructuración de esas instituciones.

Un ejemplo característico de la crisis de los sindicatos verticales en los que tantas ilusiones habían cifrado Franco y su camarilla, es lo ocurrido ya durante las huelgas de la primavera de 1956.

¿Qué papel jugaron esos sindicatos? ¿Qué hicieron los jefes?

En las grandes fábricas de Vizcaya los obreros reunidos en asambleas eligieron sus representantes y designaron comisiones obreras para que los representaran ante los patronos y el gobernador.

En Pamplona, los obreros eligieron sus representantes para discutir igualmente con los patronos y las autoridades.

Más recientemente, los obreros del metal y panaderos de Madrid han organizado asambleas y en ellas han discutido las formas de acción para conseguir las demandas que tenían presentadas.

La crisis de estructura y de funcionamiento de los sindicatos verticales es reconocida hasta por el órgano de dicho sindicato, el diario "Pueblo". En un artículo del 22 de mayo de este año han escrito lo que sigue:

“El Sindicato, por ejemplo, es una institución basada en un postulado general inmutable: la defensa de los *justos intereses de la profesión o de la clase*. Ahora bien, en cada tiempo histórico, en cada circunstancia social, la institución sindical debe adoptar la estructura más adecuada a la realidad en que vive...” (El subrayado es mío. D. I.)

En pocas palabras, “Pueblo” reconoce que el postulado inmutable de los sindicatos es la defensa de los intereses de la profesión o de la clase, al mismo tiempo que reconoce la necesidad de adaptar la estructura de los sindicatos al tiempo histórico en que vive.

En esta situación, el funcionamiento democrático de los sindicatos verticales, el convertirlos en sindicatos obreros independientes, depende en primer lugar de la lucha de los obreros.

Esta es una idea que cala y arraiga en la masa obrera. De ello pudo darse cuenta Solís Ruiz con motivo de su reciente visita a Asturias, al escucharlo de boca de los mineros.

De esta idea se hacen eco fuerzas católicas. En “Ya” del 22 de enero de este año, hemos leído lo siguiente:

“La representación, para ser auténtica, ha de emerger como resultado de un automatismo orgánico que vaya de las raíces a la cima, y no a la inversa... Sólo así —continúa *Ya*— los miembros de los sindicatos se considerarán representados y aceptarán las decisiones sindicales como decisiones propias...”

Conseguir la democratización de los sindicatos, la separación de los sindicatos de los patronos, no es ninguna utopía.

En el año 1954 habría aparecido increíble a muchos trabajadores que en 1956 se consiguieran dos aumentos sustanciales de salarios.

Sin embargo, por su propia lucha en una situación política que cada día es más inestable, los trabajadores han logrado los aumentos de salarios mencionados.

La democratización de los sindicatos para hacer de éstos sindicatos verdaderamente obreros, cuyos representantes puedan discutir desde posiciones de clase con los representantes de los patronos, es hoy una posibilidad que los obreros pueden y deben tratar de convertir en realidad.

Los comunistas, junto con las masas trabajadoras, debemos hacer un gran esfuerzo para tratar de cambiar el carácter de los sindicatos verticales.

Las elecciones sindicales están convocadas para octubre y diciembre de 1957 y enero de 1958, y no es posible desconocer la importancia política que han de tener estas elecciones.

Los comunistas debemos trabajar para llevar a los cargos sindicales a los mejores obreros, a los trabajadores, comunistas o no, que han sabido defender los intereses de los obreros, en las diferentes luchas, y que por su firmeza y combatividad merecen la confianza de sus compañeros de trabajo.

Las elecciones sindicales deben ser para los comunistas un medio para fundirse más aún con las masas trabajadoras, un nuevo paso en el mejoramiento de nuestro trabajo en las filas de la clase obrera.

Y yo quiero insistir cerca de todos los camaradas en la necesidad que tenemos de trabajar en los sindicatos, en las fábricas, de mejorar nuestro trabajo entre los obreros, de conquistar la confianza de éstos, con una actividad constante, tenaz, permanente.

Una de nuestras mayores debilidades en el pasado fué la falta de un intenso trabajo de los comunistas en las organizaciones sindicales. Y esta

debilidad, que entrañaba una seria falta política, desligaba a los comunistas de las masas, mientras que socialistas y anarquistas podían libremente influir en la educación y formación política de los trabajadores.

Esto no puede repetirse. Para ser plenamente el Partido dirigente de la clase obrera, el Partido Comunista necesita tener sus raíces en los sindicatos, estar fundido con los obreros en las organizaciones sindicales, tener el apoyo de las masas afiliadas a los sindicatos; ello hará más sólida y estable la base del Partido.

LA SITUACION INTERNACIONAL Y SUS REPERCUSIONES EN NUESTRO PAIS

Al enunciar las causas que contribuyen a que la dictadura franquista se mantenga en España, a pesar de que la mayoría del país está contra el actual régimen, señalábamos entre ellas la importancia del factor internacional.

Y, en efecto, la política de guerra fría y los planes agresivos de los círculos imperialistas, en los cuales entra el servirse de España como una base de agresión, han impedido hasta ahora el derrumbamiento de la dictadura, por el apoyo prestado a Franco por los imperialistas yanquis, pero no han impedido la descomposición de ésta, que cada día es más notoria.

Esa política imperialista respecto a España, que entraña gravísimos riesgos para nuestro país, confirma, refuerza y justifica la política de neutralidad defendida por el Partido Comunista y expresada en la Declaración de junio del año pasado y en nuestra anterior reunión plenaria.

Los acontecimientos internacionales producidos en el período transcurrido desde nuestro último Pleno, han venido a reafirmar la necesidad para España de mantener una política de neutralidad que aleje de nuestro país los peligros de guerra.

Presentes están en la memoria de todos, los sangrientos sucesos de Hungría en Octubre del año pasado y la criminal agresión imperialista contra Egipto.

Los errores cometidos por la antigua dirección del Partido Húngaro de los trabajadores y la división y descomposición de éste, en el que actuaban sin cortapisas los enemigos del socialismo, debilitaron el poder popular y abrieron el camino a las fuerzas contrarrevolucionarias, que se lanzaron al asalto del poder, dispuestas a liquidar el régimen de democracia popular; asestar un duro golpe al campo del socialismo y crear en el corazón de Europa un centro de fascismo y de guerra.

De los acontecimientos de Hungría trató de servirse la reacción mundial para confundir a los trabajadores de todo el mundo y para disgregar el movimiento comunista mundial.

Pero sus propósitos fallaron; y hoy nadie duda de lo que realmente significaba el golpe contrarrevolucionario organizado por las fuerzas fascistas húngaras y la reacción imperialista en octubre del pasado año.

El desarrollo de los acontecimientos demostró que, a pesar de las debilidades y de los errores, el régimen popular tenía profundas raíces en las masas.

Las fuerzas sanas del pueblo húngaro encabezadas por el Gobierno Obre-

ro y Campesino de Janos Kadar, llamaron en su ayuda a las fuerzas soviéticas estacionadas en Hungría en virtud del Pacto de Varsovia.

Y gracias a la decisión del pueblo húngaro de mantener sus conquistas socialistas, y a la ayuda abnegada de los combatientes soviéticos, que una vez más ponían de relieve, en sacrificio heroico, la grandeza del internacionalismo proletario, fracasó la agresión contrarrevolucionaria, se salvó el régimen de democracia popular en Hungría, la independencia nacional húngara, y se asestó un golpe contundente a los promotores de guerra.

Los acontecimientos de Hungría tuvieron en España inmediata repercusión. Franco recrudeció el terror. Voces desafortadas, haciendo el juego a los imperialistas, pedían la guerra preventiva, la cruzada antisoviética y anticomunista, gritaban contra la política de coexistencia y de paz y trataban de reavivar el espíritu de guerra civil y de intolerancia en la vida española. Tales voces cayeron en el vacío, porque el pueblo español reaccionó de una manera justa frente a la campaña franquista sobre Hungría.

Del alcance que los círculos imperialistas daban a la acción de la contrarrevolución en Hungría, es una prueba la agresión anglo-franco-israelí contra Egipto, iniciada casi simultáneamente a la agresión contrarrevolucionaria en la capital húngara.

Pero también en Egipto fracasaron, como todo el mundo sabe, gracias a la resistencia heroica del pueblo egipcio y a la actitud de la Unión Soviética, que advirtió a las potencias agresoras de su decisión de ayudar al pueblo egipcio a defender su libertad y su independencia nacional frente a los agresores.

La rápida paz en Egipto, establecida después de la declaración soviética, muestra cuán justos han sido los plantamientos hechos en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, de que la guerra puede ser evitada, de que una tercera guerra mundial no es fatalmente inevitable.

* * *

El fracaso de los imperialistas en sus aventuras de agresión no significa, en modo alguno, renuncia a nuevos intentos de avasallar económica y militarmente a los pueblos, de atentar contra la seguridad y la vida pacífica de los países del campo del socialismo.

La política de los círculos que desataron la guerra contra Egipto y propiciaron el golpe contrarrevolucionario de Hungría, sigue siendo la de oponerse al mejoramiento de la situación internacional, mantener la guerra fría, fomentar el clima para la agresión.

Elio se expresa, sobre todo, en la proclamación de la llamada doctrina Eisenhower para el Oriente Medio; creación del llamado mercado común y el Euratom; continuación de la guerra de Argelia; vivificación y fortalecimiento del militarismo alemán y decisión de dotar a la OTAN de armas atómicas; oposición al desarme y al cese de la fabricación de armas atómicas y a la suspensión de las pruebas nucleares; continuación de la actividad subversiva interna y de la presión exterior contra los países del campo socialista, unida al esfuerzo tendiente a minar la unidad de los Partidos Comunistas, a socavar especialmente las bases del internacionalismo proletario en que se apoyan.

Mas esta política no sólo encuentra la oposición de la clase obrera y de los pueblos interesados en la defensa de la paz y de su independencia y libertad. A través de ella, se refleja también el agudizamiento de las contradicciones entre las grandes potencias imperialistas.

La agresión a Egipto condujo a una mayor tirantez entre los Estados Unidos, de un lado, e Inglaterra y Francia de otro, lo que repercutió en la NATO y en los demás bloques de agresión. El propio bloque creado por los imperialistas ingleses, el Pacto de Bagdad, es hoy utilizado por los norteamericanos para alejar de la zona de Oriente Medio la influencia inglesa y entronizar la dominación yanqui.

Otra expresión de las contradicciones que minan el bloque imperialista ha sido la decisión del gobierno inglés de levantar parcialmente el embargo sobre el comercio con China. Decisión que han seguido otros países, deseosos de conquistar un puesto preferente en el comercio con dicha República Popular.

Los imperialistas americanos no secundaron abiertamente la agresión anglo-franco-israelí contra Egipto, con la clara intención de aprovecharse de la situación e imponer condiciones a unos y otros, desplazando a sus aliados de las posiciones en el Medio Oriente.

Lo ocurrido en Jordania, en Omán y en Siria, es una prueba de ello.

La llamada "doctrina Eisenhower" es un instrumento para romper la unidad de los pueblos árabes y debilitar su resistencia a los planes colonialistas; pero esa "doctrina" fracasará, como ha fracasado ya en sus fundamentos la política colonialista del imperialismo.

Y no es casual que la atención internacional esté concentrada en el Cercano y Medio Oriente, donde los círculos imperialistas de Inglaterra y Estados Unidos continúan su política de agresiones, de chantajes y de amenazas contra los pueblos que no aceptan someterse a los dictados del imperialismo.

Los pueblos árabes han aprendido en su propia experiencia la diferencia que existe entre la política imperialista y la política de los países socialistas. Ven con sus propios ojos el contraste entre los dos sistemas y sus políticas.

Mientras los Estados Unidos envían sus barcos, sus cañones, sus soldados, para frenar el desarrollo democrático de los pueblos, la Unión Soviética les ayuda en su lucha por su independencia, sin imponerles su dictado político, sin exigirles en compensación sus riquezas o bases estratégicas.

Nuestro país y los países árabes, cercanos por su posición geográfica, poseen vínculos históricos, económicos y culturales, e intereses que les son comunes. La suerte de dichos países no puede ser indiferente al pueblo español, que saluda su independencia y libertad como una contribución efectiva a la causa de la paz y del progreso, de las necesarias relaciones fraternales entre todos los pueblos.

Nos pronunciamos contra la guerra colonialista de Argelia y deseamos un arreglo pacífico de dicho conflicto, de acuerdo con la decisión de las Naciones Unidas. La continuación de la guerra de Argelia, representa el peligro de que se extienda a otros países del Norte de Africa, contribuyendo así a agravar la situación internacional, lo que tendría su inevitable reflejo en España.

Consecuentes con nuestra posición en favor de la cooperación amistosa con el nuevo Estado marroquí, advertimos a la clase obrera y a nuestro pueblo sobre el peligro de posibles aventuras del franquismo en las colonias españolas de Africa, que pueden llevar a España al enfrentamiento con Marruecos y a choques sangrientos con el pueblo marroquí, arruinando las posibilidades futuras de colaboración económica sobre un pie de igualdad entre ambos países, y poniendo en riesgo la suerte de los españoles que

han decidido continuar viviendo y trabajando en el Estado marroquí, independiente y soberano.

* * *

Los imperialistas se afanan por ahondar la división de Europa, por el reforzamiento de los grupos militares, se oponen a la idea de la colaboración entre todos los países de Europa, rechazan el establecimiento de una paz sólida.

Es motivo de gran preocupación para todas las personas que desean la paz, los esfuerzos de los imperialistas por la vivificación y fortalecimiento del militarismo en la Alemania Occidental, a la que se reserva el papel de fuerza de choque y avanzadilla en los planes de una tercera guerra mundial.

Los militaristas de Alemania Occidental, ayudados por los círculos dirigentes de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, aceleran la creación del potencial de guerra y la preparación abierta del ejército de Bonn. Al mismo tiempo que dificultan la unificación de Alemania se lanzan a una propaganda revanchista sin ocultar sus intenciones agresivas y de revisión de fronteras. Se disponen a utilizar su participación en la llamada Euratom para la fabricación de sus propias armas nucleares. Preparan gradualmente el resurgimiento del fascismo en el país.

Todos estos hechos recuerdan a los pueblos la situación existente entre las dos guerras mundiales. También entonces fueron las potencias imperialistas occidentales quienes ayudaron a la Alemania hitleriana a desarrollar su potencial de guerra, con el pretexto de contener el avance del comunismo y con el propósito de lanzar a Alemania contra la Unión Soviética.

Los pueblos de Europa, víctimas de la agresión hitleriana, ven con creciente alarma cómo se rearma a la Alemania de Adenauer, cómo cobra cuerpo la amenaza de una guerra atómica. Más de un millón de soldados americanos ocupan 120 bases militares en diferentes partes del mundo, muchas de ellas dotadas de armas atómicas, como así ocurre con los ejércitos de la OTAN. La reciente decisión a este respecto sobre Formosa y Corea del Sur es una confirmación de que los imperialistas no se detendrán en la marcha por este camino, si no encuentran la firme resistencia de los pueblos dispuestos a mantener y defender la paz.

La decisión de crear el mercado común europeo, no responde al interés de los pueblos de Europa, de la unidad europea, de la causa de la paz. Responde al interés y propósitos de los grandes monopolios, especialmente germano-yanquis; a la política del Vaticano y al deseo de los imperialistas de reforzar aún más la orientación militarista de la economía como base económica para el Pacto Agresivo del Atlántico, enfilado contra los países del campo socialista, a cuya cabeza está la Unión Soviética. El mercado común europeo, acentúa aún más la división de Alemania y de Europa, y agrava la tirantez en las relaciones internacionales.

El mercado común y el Euratom, son una nueva prueba del interés de los imperialistas por el reforzamiento de los bloques militares y de su oposición a la idea de la colaboración entre todos los países.

El mercado común europeo representa para España un grave peligro. Lo representa sin que nuestro país participe en él, pero más lo representaría su ingreso, en el cual ve Franco un posible vehículo a través del cual introducirse en la OTAN.

Estos propósitos del franquismo, expresados en múltiples declaraciones, de hacer ingresar a España en la OTAN, requieren de todo español intere-

sado en la supervivencia física de nuestro pueblo, un continuado esfuerzo contra los planes imperialistas, en pro de la paz y de la mejoría de las relaciones internacionales, y por que España vuelva a una estricta política de neutralidad, que es la que corresponde a sus intereses nacionales.

La entrada de España en el mercado común colocaría la economía española en mayor dependencia del extranjero, arrasaría su débil industria y afectaría enormemente a su agricultura, transformaría a nuestro país en productor únicamente de ciertas materias primas y de determinados productos agrícolas, frenando su desarrollo industrial.

Por ello, si bien existen ciertos círculos interesados en la participación de España en el mercado común, son cada vez más numerosas las fuerzas económicas españolas que se pronuncian contra esta participación.

El Partido Comunista coincide con estas fuerzas. Y reitera su posición de que sólo una política de intercambios comerciales y culturales con todos los países, incluida la Unión Soviética y los países del campo socialista, responde realmente a los intereses nacionales.

Frente a incomprensiones sectarias, el Partido Comunista ha defendido la necesidad de romper la política unilateral del franquismo, en dependencia del campo imperialista y abrir camino a las relaciones culturales, comerciales y diplomáticas de España con los países del campo del socialismo, sin ninguna discriminación.

Y hemos mantenido y mantenemos esta posición, porque de establecerse tales relaciones, muchos de los problemas de la agricultura, de la industria y del comercio de nuestro país, pueden ser aliviados sin que esto signifique fortalecimiento del franquismo.

Algunos industriales españoles han emprendido ya este camino, y no se puede descartar el que esta cuestión, por la importancia que tiene para España, sea resuelta en un porvenir próximo.

Recientemente se ha firmado un tratado comercial entre España y Polonia. Y es de suponer que él es ya la primera golondrina que anuncia la llegada de nuevos tratados y de nuevas relaciones económicas políticas y culturales, impuestas por la vida y que el franquismo se empeñaba en impedir para continuar manteniendo la mentira de su propaganda tendenciosa y falsa sobre los países socialistas.

El haberse abierto a España las puertas del exterior, ha tenido un resultado positivo para el desarrollo y crecimiento de las fuerzas liberales y democráticas. Al abrirse esa comunicación con otros países, han entrado de sopetón en España corrientes que han sacudido el quietismo y la modorra política de muchas gentes.

La barrera ideológica levantada por la dictadura se va desmoronando. Hombres de Ciencia de todos los países, incluso del campo del socialismo, historiadores, economistas, geógrafos, doctores, artistas, se dan cita en España, o los españoles acuden a conferencias celebradas en el extranjero.

Con ello los criterios se modifican, las ideas cambian, los conceptos se transforman, y lo que ayer parecía nefando, hoy se ve como una necesidad natural científica, política o humana, que contribuye a que la actividad política de las fuerzas progresistas de la sociedad española, tome de día en día nuevos vuelos y una mayor corporeidad.

Es evidente que si en las condiciones de guerra fría, cuando toda la política imperialista ha tendido a reforzar la dictadura franquista, ésta no ha logrado consolidarse, la disminución de la tensión internacional, el restablecimiento de relaciones normales entre España y los países del campo

socialista, un acuerdo entre las grandes potencias capitalistas y la Unión Soviética sobre el desarme, sobre la supresión de las armas atómicas y sobre la seguridad europea, serán una gran ayuda al pueblo español en su lucha contra el franquismo, en su lucha por el restablecimiento de la libertad política y de la democracia en España.

LA UNION SOVIETICA A LA CABEZA DE LA LUCHA POR LA PAZ

Consecuentes con la justa tesis aprobada en el XX Congreso, de que en la etapa que vivimos la guerra no es inevitable, los dirigentes soviéticos hacen esfuerzos ingentes para lograr el desarme y la prohibición de las armas atómicas. Ya en la Conferencia de Ginebra de 1955, el Gobierno Soviético propuso la suspensión de las pruebas nucleares. Esta propuesta ha sido reiterada en todas las reuniones relacionadas con el desarme.

Con el fin de obtener la suspensión de las pruebas nucleares, el representante soviético en el Subcomité de Londres propuso el 10 de mayo de este año que esta cuestión fuese separada del problema del desarme.

El 14 de junio, el representante soviético, Zorin, propuso concretamente la suspensión durante dos o tres años de toda explosión nuclear.

Y en la declaración del Gobierno Soviético, publicada el 29 de agosto, relativa a los esfuerzos que desde hace más de diez años realizan los estadistas soviéticos en la Organización de las Naciones Unidas para lograr el desarme, se vuelve a proponer a los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Canadá, abandonen las discusiones estériles y pasen a la acción, para resolver tan vital problema.

Los pueblos de todo el mundo agradecen profundamente a la Unión Soviética, a la gran China Popular, a todos los países socialistas, su incansable trabajo en pro de la paz. Gracias a su esfuerzo y a la movilización mundial de las fuerzas pacíficas, y pese a la obstrucción sistemática de los círculos imperialistas en las sesiones de Londres, algo nuevo y esperanzador se observa en las relaciones internacionales. Los representantes occidentales se ven obligados a hablar, aunque sea demagógicamente, de su deseo de llegar a un acuerdo con la Unión Soviética sobre el desarme.

La noticia publicada en los pasados días sobre el éxito de la Unión Soviética en el dominio de los cohetes balísticos intercontinentales, superando también en este terreno a los Estados Unidos, ha alegrado a todas las fuerzas amantes de la paz. Ello hace esperar que los que hasta ahora han venido jugando a la carta de la guerra y alardeando sobre el potencial bélico norteamericano, se harán un poco más cuerdos y pensarán que en las relaciones internacionales, son preferibles los pactos de paz y los acuerdos comerciales, que las guerras y las destrucciones de las ciudades y los pueblos, que el exterminio de millones de hombres, adonde puede llevar una guerra moderna.

En los últimos meses, las movilizaciones populares en contra de la guerra atómica y a favor de la paz, alcanzaron en todos los países una gran amplitud.

Las características más acusadas del movimiento de la paz se expresan en la resuelta actitud de relevantes personalidades del mundo de la ciencia, de la cultura y del arte, así como de otras actividades sociales, en Alemania

Occidental, Estados Unidos, Japón, Inglaterra y Francia, y en las declaraciones de prominentes dirigentes socialdemócratas de Europa y de Asia, y de esos propios partidos, contra la guerra atómica y a favor de la suspensión de las pruebas nucleares.

Es lógico que eso suceda, a pesar de los esfuerzos que para impedirlo realizan los imperialistas, pues en la conciencia de los pueblos penetra decididamente la idea del peligro que para el género humano entraña una guerra atómica, e incluso el que ya representa para las generaciones presentes y futuras el solo hecho de las explosiones experimentales nucleares al cargar la atmósfera de radioactividad que, llegado a cierto grado de saturación, puede ocasionar terribles enfermedades y una monstruosa degeneración de la especie humana.

Entre los acontecimientos que después de la reunión del Consejo Mundial de la Paz, celebrada en Ceilán, han de contribuir a la causa de la paz, se halla el VI Festival Mundial de la Juventud, que acaba de celebrarse en Moscú y que reunió a decenas de miles de jóvenes de todo el globo. A él asistió más de un centenar de jóvenes de nuestro país, que ha llevado también al VI Festival la voz de la juventud y del pueblo español para fundirla con la de los jóvenes de todo el mundo, en demanda de paz y amistad para todos los pueblos.

LUCHA DE LA CLASE OBRERA MUNDIAL

El auge registrado en el último año en las luchas de la clase obrera mundial por sus reivindicaciones adquiere enorme importancia. Se han producido decenas y decenas de huelgas, englobando a millones de obreros, no sólo de los países capitalistas más desarrollados como Inglaterra, Francia, Italia y los propios Estados Unidos, sino en los países dependientes y semi-coloniales de América Latina y otros. Lo más significativo en estas luchas ha sido el signo de la unidad de acción que las ha presidido. |En el caso de Francia, resalta especialmente la unidad de acción entre comunistas, socialistas y católicos. |La clase obrera aprende por su propia experiencia que en la lucha por sus reivindicaciones la mejor arma es su unidad de acción; con ella destruye los planes de sus enemigos y de los servidores de éstos en el seno del movimiento obrero.

UNIDAD DEL CAMPO DEL SOCIALISMO

Uno de los hechos más importantes en la situación internacional es el reforzamiento de la unidad del campo del socialismo, los enormes progresos de éste y su creciente influencia en toda la vida social contemporánea.

Las visitas de los dirigentes soviéticos a Checoslovaquia y a la Alemania Democrática, así como su entrevista con los dirigentes yugoslavos en Rumania, son nuevos testimonios del reforzamiento de la amistad entre los países del campo del socialismo y de su unidad indestructible.

Los intentos de los imperialistas de dividir el campo del socialismo han fracasado estrepitosamente, y la unidad fraternal de los países socialistas es hoy más firme y sólida que nunca.

El movimiento comunista internacional se ha fortalecido. Superando los errores del sectarismo y dogmatismo derivados del culto a la personalidad, y en lucha contra las corrientes revisionistas que pretendían castrarlo de su médula revolucionaria, la unidad del movimiento comunista, tanto en el plano mundial, como en el de cada país, se ha reforzado. Se apoya en las bases inmovibles del marxismo-leninismo.

Al conocer las medidas tomadas por el Comité Central del PCUS con un grupo de camaradas, toda la propaganda enemiga vuelve a verter sus venenosas calumnias contra el Partido Comunista y contra el régimen soviético, en el que suponen quiebras y debilidades.

Son demasiado cortos de memoria los agentes de publicidad antisoviética, para olvidar con tanta facilidad que todos los avances en el camino hacia el comunismo, se han realizado a través de una lucha diaria y tenaz venciendo resistencias e incomprensiones, tendencias y corrientes paralizadoras.

Las medidas tomadas por el Comité Central del PCUS contra el grupo Molotov, Kaganovich y Malenkov, que nosotros hemos aprobado sin reservas, son una buena lección que los Partidos Comunistas y el movimiento obrero en general reciben de los dirigentes soviéticos, para quienes la victoria del comunismo está por encima de toda clase de consideraciones personales y sentimentales.

Naturalmente, que mejor sería que no ocurriesen estos hechos. Pero es inevitable que se produzcan, porque el Partido Comunista está compuesto de hombres y no de fantasmas, y en los hombres se refleja el proceso contradictorio natural de toda sociedad en la lucha entre las nuevas formas que surgen impetuosas en la marcha de su desarrollo y las viejas concepciones que se resisten a desaparecer.

Y estas medidas, que se ha visto obligado a tomar el Comité Central del PCUS con el grupo antipartidario, explica además el largo y trabajoso proceso seguido para liquidar los errores y consecuencias del culto a la personalidad, en toda la política del Partido, en toda la vida soviética.

El gran país soviético, inspirándose en las decisiones del XX Congreso, marcha firme y resueltamente por el camino de alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas más desarrollados en la producción por habitante.

Y cuando se conocen las brillantes victorias obtenidas por el pueblo soviético, en los cuarenta años transcurridos desde la revolución socialista de Octubre de 1917, en lucha contra dificultades interiores y exteriores que parecían insuperables, estamos seguros de que el pueblo soviético, bajo la dirección del Partido Comunista, cumplirá los grandiosos planes que se ha trazado, ayudando con ello a la victoria del socialismo en el mundo.

EL CAMINO LENINISTA

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética además de lo que significa para nosotros como enseñanza y estímulo permanentes, impulsó en nuestro Partido la corrección de métodos de trabajo antileninistas, corrección iniciada ya en nuestras filas antes del XX Congreso.

Pero es indudable que sin el XX Congreso, nuestro Partido no hubiera podido desenraizar con la firmeza que lo ha hecho, perniciosas costumbres.

especialmente en los órganos de dirección, que impedían al Partido desarrollar toda su actividad y jugar más ampliamente su papel de dirigente de la lucha contra la dictadura.

En este sentido el II Pleno de nuestro Partido celebrado hace un año, marca en la vida del Partido Comunista de España un viraje decisivo cuyas consecuencias se sienten ya, en todo el Partido, y se han de sentir aún más en todo nuestro trabajo futuro.

Se ha restablecido no sólo el principio del papel dirigente del C.C., sino que se ha hecho realidad este principio dando al C.C. la posibilidad de que actúe realmente como el órgano dirigente del Partido en la medida que esto es posible en la situación anormal en que nos desenvolvemos.

Se ha restablecido igualmente la dirección colectiva en el Buró Político y éste ha sido reforzado con los nuevos camaradas elegidos en el Pleno pasado y ello ha permitido el mejoramiento de toda la actividad de la dirección.

El Buró Político, a pesar de los augurios de las gallinas hambrientas, no se ha disgregado, sino que se ha estabilizado y cohesionado más sólidamente sobre una base de principios en el cumplimiento de su función de mandatario del Comité Central.

Con ello, la actividad política del Partido ha ganado en calidad y en cantidad.

Estos cambios han permitido la intensificación de la actividad política del Partido. Y no ha habido acontecimiento político nacional o internacional sobre el cual el Partido Comunista no haya hecho acto de presencia fijando su posición de una manera clara y concreta, orientando no sólo a nuestros amigos y allegados, sino a la clase obrera y fuerzas progresivas en general.

En las organizaciones de base del Partido se ha reanimado la vida política; y cada camarada se siente hoy ligado al Partido no sólo por los lazos del deber y de la disciplina aceptados consciente y voluntariamente, sino en la plenitud de sus derechos. Se siente copartícipe en la elaboración de la política del Partido, lo que eleva de forma considerable su conciencia política y su sentido de responsabilidad ante el pueblo y ante el propio Partido.

La solución de las cuestiones existentes en el grupo del Partido en México y que se venían arrastrando durante largo tiempo, por el empecinamiento y las incomprendiones de algunos camaradas de México y también quizá por el enfocamiento un tanto unilateral del problema por parte de la dirección del Partido en el pasado, muestra en qué medida puede beneficiarse el Partido, cuando en la solución de los problemas se parte no de sentimientos subjetivos, sino desde el punto de vista de la defensa de los verdaderos intereses del Partido.

Y esta solución ha sido posible tanto por la flexibilidad y firmeza de la dirección del Partido, como por la disposición de los camaradas de México a comprender lo que era justo y posible, y lo que no era aceptable en una organización comunista.

Y no creo equivocarme al decir que la solución de esta cuestión es una gran alegría no sólo para la dirección del Partido sino para todo el Partido en su conjunto.

Volviendo de nuevo sobre los cambios operados en las concepciones, métodos y formas anormales del trabajo del Partido, que se habían convertido entre nosotros en una segunda naturaleza, no hay que suponer que esto se produce sin resistencia y de una manera natural.

Crear esto sería desconocer al mismo tiempo que lo arraigado de estos

métodos, la propia naturaleza humana. Con toda razón dice un proverbio que “el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra”.

Y en nuestro trabajo afloran con frecuencia restos de los viejos métodos que todos estamos de acuerdo en condenar. Y digo esto por mi propia experiencia, independientemente de que también ocurra con otros camaradas.

Sólo con un control diario de nuestras actividades y de nuestros sentimientos, que también cuentan, podremos extirpar definitivamente los resabios sectarios y dogmáticos que a veces nos llevan a anteponer, incluso involuntariamente, estados de ánimo y sentimientos personales a los intereses generales del Partido y de la lucha.

La descomposición de la dictadura franquista crea situaciones complejas y multifacéticas, que varían constantemente por la diversidad de fuerzas y de intereses que entran en juego.

Ello exige de nosotros, al mismo tiempo que una atención continuada y sostenida al desarrollo de los acontecimientos, en evitación de sorpresas, cosa que hasta ahora va siendo logrado, un esfuerzo redoblado por llevar hasta los últimos rincones del país nuestra política de reconciliación nacional y nuestra proposición en orden a la solución transitoria que podría reemplazar a la dictadura del general Franco.

El Partido Comunista no es solamente, y esto no hay que olvidarlo en ningún momento, un Partido de propagandistas de las doctrinas revolucionarias marxistas-leninistas.

Es la vanguardia dirigente de la clase obrera, el guía y organizador del movimiento progresista y revolucionario del pueblo español.

Y en razón de esta condición y del papel dirigente que el Partido ha jugado en más de cuatro lustros de lucha contra la dictadura franquista y por el establecimiento de un régimen democrático en nuestro país, está obligado a presentar ante nuestro pueblo no sólo las perspectivas de la victoria inevitable del socialismo en un futuro próximo, sino las soluciones de hoy; las soluciones que corresponden a la situación de nuestro país.

El Partido Comunista ha sostenido y continúa manteniendo la tesis de la posibilidad de sustitución pacífica de la dictadura franquista por un gobierno liberal.

POR UNA JORNADA DE RECONCILIACION NACIONAL

Después de los boicots de Barcelona, Madrid y otros lugares, posibilidades de nuevas acciones se han abierto no sólo para la clase obrera, sino para todas las fuerzas antifranquistas, para todos los grupos de oposición.

Los resultados y las derivaciones políticas de los boicots, especialmente de los boicots de Madrid y Barcelona, en los que actuaron de consuno fuerzas distanciadas ideológicamente, con la misma disciplina, con la misma voluntad de protesta pacífica, sin que se produjera ningún choque ni surgiera ningún extremismo, nos permiten llegar a conclusiones que sometemos a todas las fuerzas de oposición interesadas en los cambios políticos pacíficos.

¿Se puede o no aplicar la experiencia de Barcelona y Madrid a toda España en la realización de una demostración pacífica nacional de exigencia de libertades políticas?

Según nuestra opinión esto es posible, si el resto de las fuerzas de oposición aceptan la idea.

Y no se trata de copiar mecánicamente el boicot madrileño; en cada región, en cada ciudad, en cada pueblo, esa manifestación puede tener diverso carácter, siempre pacífico y en armonía con las características del lugar.

La libertad política interesa a los obreros, a los campesinos, a los intelectuales, a la burguesía, a los empleados, a los hombres de profesiones civiles, a los militares, a los comerciantes, a los católicos y a los ateos.

¿Es posible el acuerdo entre estas fuerzas? El Partido Comunista considera que es posible y lanza esta idea de la gran demostración nacional dispuesto a llevarla a cabo, de acuerdo con todas las fuerzas de oposición, como un medio pacífico de presión sobre la dictadura, como un plebiscito nacional que exprese la voluntad de la mayoría del país sobre el problema concreto de la necesidad de libertad política, por la amnistía y contra el encarecimiento de la vida.

Es natural y lógico que las diversas fuerzas de oposición, aparte del objetivo general que consiste en terminar con la situación actual tienen sus propios planes políticos, determinados por sus intereses y por la posición social que ocupan en el país.

Mas esta diversidad de intereses y de objetivos y aún de métodos de lucha, no puede ni debe ser una barrera infranqueable para el acuerdo y colaboración de todas las fuerzas de oposición en la dirección en que van paralelas nuestras voluntades: terminar con la dictadura del general Franco, sin que ello signifique abrir una nueva guerra civil: sin que ello entrañe el desencadenamiento de nuevas luchas fratricidas entre españoles.

El Partido Comunista ha sacado las experiencias de la guerra y de veinte años de lucha activa contra el régimen.

Y estas experiencias extraídas de hechos vivos y no de elucubraciones demagógicas de emigración, que nada tienen que ver con los intereses del pueblo, con los intereses de España, nos ha permitido situarnos en la realidad de la España de hoy y atemperar nuestra política a esta realidad.

Los éxitos de la política de reconciliación nacional que he señalado al principio de mi informe, son la mejor demostración de que esta política expresa los deseos de las masas; de que esta política corresponde a los intereses y a las necesidades de los obreros, de los campesinos, de los intelectuales, de la burguesía, de que este deseo de reconciliación de todos los españoles está en el fondo de los sentimientos de la mayoría de nuestro pueblo: de los que pelearon en el frente de la República y de los que lucharon contra nosotros.

La creación de ese clima de convivencia que el Partido Comunista propone con su política de reconciliación nacional y abandono de los sentimientos de revancha, mantenidos y justificados por todo lo que significó la guerra y veinte años de franquismo, no puede ser obra únicamente de los comunistas.

Inhibirse de esta tarea, rechazarla porque son los comunistas quienes la propugnan, sería aferrarse a conceptos y pretensiones que la vida ha mostrado sobrepasados e inoperantes.

Significaría mantener bajo otras banderas y otros lemas, la catalogación discriminatoria de los españoles establecida por el franquismo.

Y las consecuencias de una actitud negativa respecto a la reconciliación

nacional y al restablecimiento de la convivencia entre los españoles se volverían a la larga contra los mismos que mantuviesen esa actitud.

El Partido Comunista considera que a la creación de ese clima de convivencia y de civilidad pueden contribuir en primer lugar las fuerzas de Acción Católica cuya influencia no desconocemos.

Deben contribuir todas las fuerzas de oposición al régimen, incluso los falangistas a quienes no podemos ver hoy ni en su conjunto ni aisladamente bajo el mismo prisma del período de la guerra.

Y un paso importantísimo en la creación de ese clima de convivencia sería el logro de la amnistía, por el esfuerzo y la demanda de todas las fuerzas políticas españolas. Por las de la oposición y por las que todavía apoyan al régimen; incluso por los hombres que están al frente del aparato jurídico del régimen.

La amnistía es no sólo un clamor nacional. Es una necesidad política, una satisfacción que se debe al pueblo.

Es difícil imaginarse una pacificación de los espíritus, mientras a lo largo de España decenas de cárceles y presidios de triste historia, guardan tras sus muros a millares de españoles, hombres y mujeres, por delitos políticos, muchos relacionados con la guerra, otros acusados de actividades antifranquistas posteriores; mientras vivan en la emigración millares de españoles a los que condenas inspiradas en un espíritu revanchista de la justicia impiden volver a la patria.

Quien tiene mayor sentido de responsabilidad ante el pueblo y ante España, está más obligado a realizar un mayor esfuerzo para terminar con el espíritu de guerra civil y de impolíticas discriminaciones, que sólo redundan en perjuicio de España y de su desarrollo político y social y que colocan a nuestro país en evidentes condiciones de inferioridad respecto a Europa.

El Partido Comunista, penetrado de un profundo sentido nacional y humano da un paso adelante con la mano tendida hacia los que ayer estuvieron en las trincheras de enfrente, con la misma firmeza y decisión con que durante la guerra ocupaba los lugares de más peligro en los frentes, y recababa para las unidades mandadas por comunistas la parte más dura, la más penosa de la resistencia a los agresores de la República.

Tendemos la mano a los que ayer combatieron con las armas contra nosotros, con la misma franqueza con que lo hubiéramos hecho si la guerra hubiera terminado de otra manera.

Y aunque no estamos de acuerdo con la historia de la guerra escrita por Falange, historia que adultera y falsifica los orígenes de la sublevación franquista, su motivación, su desarrollo y las distintas fases de ésta, no vamos ahora a polemizar sobre ello. En cuanto a saber de qué parte estaba la razón, los resultados de la paz franquista hablan con más elocuencia que todo lo que nosotros pudiéramos decir sobre esta cuestión.

* * *

Y como final unas breves consideraciones sobre el Partido.

Como señalaba anteriormente, en el funcionamiento del Partido se han realizado grandes progresos en la superación de los métodos antileninistas criticados en el II Pleno.

Pero no podemos conformarnos con lo alcanzado. Es preciso continuar el esfuerzo, por elevar la vida política del Partido de abajo a arriba; por mantener y defender frente a los retoños del sectarismo ese clima de confianza y de libertad para expresar las propias opiniones, para criticar como comunistas las opiniones ajenas.

Es fundamental proseguir el esfuerzo que se realiza, por elevar el nivel político e ideológico de todo el Partido.

En este orden, la regularización y mejoramiento de la publicación de *Nuestra Bandera*, revista teórica y política del Partido, y la de la revista *Nuestras Ideas*, será una contribución importante al desarrollo ideológico del Partido.

Es preciso que todos los militantes del Partido se preocupen de velar por la aplicación en la vida del Partido de los métodos leninistas y de ayudar al Partido no sólo con la realización de las tareas que son obligatorias para cada comunista en su esfera de trabajo, sino con sus iniciativas y opiniones constructivas sin miedo a equivocarse. El que trabaja y lucha corre siempre el riesgo de equivocarse por más o por menos; lo esencial es trabajar y saber reconocer y corregir a tiempo sus errores o sus equivocaciones.

La fuerza del Partido reside además de en su base ideológica, las invencibles teorías marxistas-leninistas, en su unidad en la aportación de las experiencias y de las iniciativas de las masas al trabajo del Partido y en nuestra capacidad de ligarnos a las masas y de aprender de ellas.

Y en relación con esto, yo quiero recordar a todos la necesidad de preocuparnos de la nueva generación que irrumpe impetuosamente en la vida política y social de nuestro país.

El Partido debe abordar y resolver aún más resueltamente que hasta ahora, la incorporación a sus filas de las nuevas promociones de combatientes.

El Partido es una cosa viva, que debe nutrirse permanentemente con nueva savia, con nuevas fuerzas, si no quiere anquilosarse y vegetar. En España hay una nueva generación de hombres de 18 a 35 años que no participaron en la guerra, pero que luchan como pueden contra la dictadura, y que deben encontrar abiertas de par en par las puertas del Partido sin ninguna reserva, no sólo para militar en sus filas, sino para ocupar puestos de responsabilidad.

Hay que atraer a nuestro lado a los jóvenes trabajadores de las fábricas, de las minas, de los talleres, que se destacan en la defensa de las reivindicaciones obreras. A los jóvenes campesinos que no se resignan a seguir soportando el penoso destino que les reserva el régimen franquista, que luchan por una vida mejor.

Debemos facilitar el acercamiento a nosotros a los jóvenes intelectuales que afanosamente buscan nuevos horizontes a sus inquietudes espirituales y cauces fecundos a sus afanes creadores.

Hay que abrir amplia plaza a las nuevas generaciones en nuestra vida de Partido, en toda nuestra actividad política. Ahí reside el presente y el futuro del desarrollo de nuestras organizaciones.

Y al recordar con emoción y cariño a los camaradas que en el interior del país mantienen con firmeza la bandera del Partido y a los que sufren persecución; yo quiero saludar también a esos otros camaradas que regresan a España impulsados por su patriotismo, por su amor al pueblo, por su con-

fianza en el Partido, para ligar su vida y sus destinos más entrañablemente aún a los destinos de nuestra clase, de nuestro pueblo.

Los que por unas u otras razones debemos aún continuar en la emigración, cerraremos aún más estrechamente nuestras filas y acrecentaremos nuestra actividad para apoyarles y sostenerles en esta nueva etapa de su vida, hasta que llegue el momento de reunir sobre el suelo entrañable de la patria a nuestra gran familia comunista dispersa por todos los confines de la tierra.

¡Camaradas del Comité Central! A lo largo de mi informe, el Buró Político ha presentado ante vosotros los resultados de su trabajo y las experiencias de la política de reconciliación aprobada por vosotros en el pasado Pleno.

Vosotros tenéis la palabra para enjuiciar este trabajo y esta política.

SANTIAGO CARRILLO

**DISCURSO DE CLAUSURA ANTE
EL PLENO DEL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA**

Septiembre de 1957

El Buró Político me ha encargado pronunciar las palabras de resumen.

Al caracterizar lo que ha sido la III sesión plenaria de nuestro Comité Central cabe, en primer término, destacar las nuevas aportaciones al planteamiento de nuestra política de reconciliación nacional contenidas en el informe presentado por la camarada Dolores Ibárruri, aportaciones que desarrollan anteriores documentos del Comité Central y del Buró Político; corresponde, también, conceptuar este pleno como un importante paso adelante en el análisis y conocimiento profundo de la situación objetiva, real, de nuestro país, y especialmente en lo que concierne a la cuestión agraria, tan decisiva para nuestra lucha. En el Pleno se ha puesto de relieve, asimismo, la mayor preocupación por las cuestiones ideológicas y la elevada concepción que del internacionalismo proletario existe en nuestro Partido.

Al mismo tiempo, el Pleno ha evidenciado la profunda compenetración existente entre los miembros del Comité Central; su firme unidad, basada en los principios del marxismo-leninismo, en la línea política del Partido.

Al escuchar tanto los informes como las intervenciones un sentimiento de seguridad y confianza crecía en todos nosotros. Por momentos hemos tenido la sensación de estar reunidos en Madrid, a causa del tono y el contenido de las intervenciones centradas en los problemas vivos y reales de la hora actual.

La profundidad y la justeza con que han sido tratados estos problemas, el esfuerzo por penetrar la realidad, por superar apreciaciones subjetivas, la ausencia de toda demagogia irresponsable —ajena al carácter del Partido— serán una nueva contribución para derribar la barrera de falsedades levantada en torno a los comunistas por la propaganda franquista y ayudarán al Partido a aparecer con su verdadera fisonomía, con su política revolucionaria, constructiva, española.

Este Pleno contribuirá a hacer aún más sólida la unidad del Partido en torno a su Comité Central; acelerará la incorporación a la actividad del Partido de nuevos y viejos militantes.

El Pleno es la confirmación de que nuestra reunión de agosto del año pasado, con ayuda de las enseñanzas del XX Congreso y de la elaboración crítica de nuestra propia experiencia, ha abierto anchamente las puertas al crecimiento y al fortalecimiento político, ideológico y orgánico de nuestro glorioso Partido.

EL CONTENIDO DE LA POLITICA DE RECONCILIACION NACIONAL

En la Declaración de junio de 1956, en éste y en el anterior Pleno, y a lo largo de toda una serie de documentos del Buró Político, la línea de reconciliación nacional aparece ya con contornos muy precisos, enraizada en la

realidad nacional, formulando la aspiración cada vez más concreta de millones de españoles.

La política de reconciliación nacional —hemos dicho y repetido— es la continuación, el desarrollo consecuente de la línea general seguida por el Partido a lo largo de estos años; pero no una simple reiteración o puesta al día de las consignas anteriores. A la vez que la continuación de lo anterior, es algo muy nuevo en la política española.

No es otro Frente nacional, otra coalición, aunque en determinado momento pueda adquirir esas formas. Representa más: trata de ser el comienzo de toda una transformación de hábitos y costumbres arraigados en la vida política española durante más de un siglo de guerras civiles, pronunciamientos y represión terrorista que la dictadura intenta perpetuar.

La reconciliación nacional contiene en su fondo una propuesta a todas las fuerzas político-sociales españolas, incluso a las más alejadas, a las más opuestas al Partido Comunista: la propuesta de aceptar un cuadro cívico común, un marco legal nuevo, democrático, donde todos podamos desenvolvernos. La propuesta de sacar las contiendas político-sociales que enfrentan y seguirán enfrentando a las diferentes fuerzas sociales, partidos políticos y escuelas filosóficas del ámbito de intolerancia y fanatismo en que se han desenvuelto hasta aquí, para trasladarlas a un nuevo terreno, de civismo, de ciudadanía, en el que las concepciones opuestas y los conflictos de clases no adquieran inmediatamente los contornos dramáticos que ensangrientan con frecuencia la historia del país, culminados durante estos veinte años de fascismo.

Esta voluntad de superar un período de violencias y de salir al mismo tiempo de la catástrofe económica por una vía pacífica, hacia una situación en que todos los partidos puedan defender libremente sus principios y programas y recabar para ellos el apoyo popular, es lo que puede hacer coincidir hoy a todos los españoles, incluso si las concepciones sobre la organización de la vida del país para después, difieren y hasta son opuestas.

No es un nuevo abrazo de Vergara lo que proponemos; no es una confusión, una especie de torre de Babel de clases, de políticas, de ideologías lo que los comunistas propugnamos.

Sabemos que una confusión de este género no es posible ni deseable; que las divergencias de opiniones y de intereses subsistirán y que nadie entre los que desean una coincidencia para lograr objetivos inmediatos comunes quiere confundirse con los demás ni perder su fisonomía.

Lo sabemos tanto más, cuanto que nosotros somos los primeros en no aceptar ninguna confusión de ese género, los primeros que no renunciaremos ni renunciaremos a nuestro carácter de partido de la clase obrera y de las fuerzas progresivas del país, ni a nuestra finalidad de poner término al régimen de explotación del hombre por el hombre, y a realizar en España el socialismo, el comunismo.

Pero pensamos que en el estadio actual del desarrollo social en el mundo, y tras las amargas experiencias de un pasado nacional doloroso y trágico, todos los españoles desean que esta lucha entre concepciones e intereses diversos y opuestos transcurra por cauces de libertad y de tolerancia.

Y para conseguir tal situación, concretamente, creemos posible un entendimiento muy amplio entre la izquierda y la derecha, que ponga fin a la dictadura y que nos permita el día de mañana contender en el Parlamento, en los municipios, en las organizaciones sociales, en la prensa, en la tribuna,

a través de la actividad democrática de las masas del pueblo, y no en el campo de batalla de la guerra civil.

El Partido Comunista, en el informe de la camarada Dolores Ibárruri, pone en evidencia, una vez más, su propósito de desenvolverse dentro de los cauces de la legalidad democrática que el pueblo, libremente, se dé.

LA LUCHA DEL PARTIDO EN EL CAMPO POLITICO

Nuestro Partido lleva la lucha por su justa línea en tres campos: el político, el ideológico y el económico-práctico.

En el campo de la lucha política, el Partido, teniendo en cuenta la situación real concreta que hoy existe —no la de ayer ni la que puede venir mañana— considera como el enemigo principal a la dictadura del general Franco y su camarilla; concentra contra ella toda su labor, esforzándose por coordinar ésta con la de todas las otras fuerzas de oposición. Esta es la dirección principal de nuestro esfuerzo político.

Sin perder de vista como adversario fundamental a la dictadura ni la necesidad de lograr contra ella las más amplias coincidencias, el Partido combate —esclareciendo ante el pueblo su significado real— aquellas supuestas “soluciones” que en vez de facilitar una salida democrática y pacífica pueden comprometerla.

De esta forma combatimos la “solución” monárquica, que en el período actual, traída sin previa consulta al pueblo, sería tanto como la continuación del régimen de dictadura, como se plantea en el informe de la camarada Dolores Ibárruri.

Al combatir esta “solución” antidemocrática no insistimos tanto, hoy por hoy, en nuestras diferencias —por cierto muy grandes— con la monarquía, como tal institución, que en este momento no son lo esencial, como en el hecho de que la Monarquía —traída por Franco o por un golpe saguntino— sería una nueva imposición violenta contra la voluntad popular; significaría la prolongación de la dictadura, frente a lo que está la inmensa mayoría de los españoles.

Nuestra lucha contra esta supuesta “solución” se desarrolla también a través de la popularización de las justas y auténticas soluciones que los comunistas proponemos.

A este respecto, en relación con la inquietud expresada por algunos camaradas de si no habremos procedido con retraso en nuestros planteamientos relacionados con la monarquía, quiero explicar por qué hasta aquí, estos planteamientos no han sido tan amplios y completos como lo son hoy.

En una lucha política tan activa y cambiante como la que ya se libra en España entre diversas fuerzas, representando intereses a veces muy diferentes y opuestos, los problemas de táctica, grandes y pequeños, adquieren una significación que no tienen en momento de relativa quietud y estancamiento, como los que anteriormente hemos conocido.

No es suficiente tener una línea general justa y defenderla; hace falta, en cada instante, escoger la tecla en que se debe apoyar con más fuerza. Y ello, justamente, con el fin de hacer más comprensible nuestra política para las amplias masas, con el fin de contrarrestar más eficazmente las maniobras políticas que pueden traer perjuicio al desarrollo del movimiento popular.

Durante los meses pasados ha habido en el ambiente político español como una constante incitación a que nos enzarcemos en una polémica contra la monarquía, a que desviemos contra ella nuestra puntería. Esa incitación estaba dirigida no sólo a nosotros, sino a todas las fuerzas de izquierdas.

Nosotros nos hemos resistido conscientemente a esa incitación. No nos hemos dejado provocar a una campaña antimonárquica, que quizá hubiera facilitado la tarea de impedir el paso de parte de los monárquicos a la oposición y contribuido a su reagrupamiento en torno a Franco. En algún momento, juzgado oportuno, hemos dado nuestra opinión sobre la monarquía. Pero nos hemos guiado sobre todo por el principio de impulsar, de alentar, de estimular todas las fuerzas de oposición, o susceptibles de ir pasando a la oposición —incluidos los monárquicos— a tomar una actitud cada vez más resuelta contra la dictadura.

Cuando hemos empezado a tocar más frecuentemente ese tema es cuando hemos visto que los liberales se inclinaban —queremos esperar que momentáneamente— hacia la restauración monárquica sin previa consulta popular, presentándola infundadamente como un mal inevitable.

Y hemos considerado que había que elevar decididamente el tono, cuando Franco, tratando de envolver a los monárquicos en sus combinaciones, de reagruparlos en torno a su régimen tambaleante con la promesa de la restauración, ha facilitado las condiciones en las cuales tiene lugar en España una gran campaña monárquica que trata de especular —como ha dicho la camarada Dolores— con el hecho de que muchas gentes sencillas, estando a cien leguas de ser monárquicas, “desean desesperadamente que el régimen actual desaparezca”.

Creemos que éste y no otro era el momento de elevar el tono. E incluso hoy cabe recomendar mucha atención a la forma en que la cuestión ha sido planteada en el informe del Buró Político —que el Pleno ha aprobado— y no incurrir en el error de sobreestimar ese riesgo, olvidando lo que aún es el peligro esencial, el enemigo principal: la dictadura del general Franco y la camarilla.

Continuaremos observando el principio de estimular a todas las fuerzas de oposición, incluidos los monárquicos, para que —como ha dicho Dolores— se decidan a pasar el Rubicón, a romper resueltamente con la dictadura.

Y ello sobre la base de nuestra posición de que cualquier cambio debe marchar en la dirección de dar al pueblo la posibilidad de manifestarse libremente por el régimen político que prefiera, sin imponerle ninguna solución prefabricada.

En el informe de la camarada Dolores se polemiza también con la “solución” que proponen ciertas fuerzas y personalidades políticas que actúan bajo la influencia del imperialismo y de la oligarquía. Es decir, con una posible alianza de fuerzas “antifranquistas” de la que se excluya a los comunistas.

Nuestro Partido alerta sobre los riesgos de esa vía, que puede retrasar aún la liquidación de la dictadura —y de hecho, la está retrasando ya— y que está preñada de amenazas para el futuro desarrollo democrático de España.

Al mismo tiempo, mostramos la inutilidad de los intentos de aislar al Partido Comunista, de anular su fuerza entre el pueblo, intentos realizados por quienes no se dan cuenta de que, en muchísimos aspectos, la situación que se creará en España una vez liquidada la dictadura, no se parecerá nada a la que conocimos al establecerse la segunda República.

Resulta paradójico e instructivo, para quien quiera aprender, que fuerzas políticas dispuestas a aislar y a anular al Partido Comunista —según afirman—, necesiten echar mano precisamente de nuestras soluciones, de nuestra propia línea política, para intentar su operación exclusivista. Parece como si estuvieran esperando la publicación de nuestras soluciones, para adoptarlas, al mismo tiempo que repiten su incompatibilidad con nosotros.

Si adoptan nuestras soluciones están reconociendo, involuntariamente, que lo que los comunistas proponemos es justo y aceptable, es lo que la clase obrera y todo el pueblo desean.

Mas cuando al mismo tiempo se niegan a un acuerdo con nosotros, confiesan —quizá también involuntariamente— que la adopción de nuestras soluciones es un acto de pura fachada, que no piensan respaldar después con hechos.

¿Creen acaso que el pueblo español, al que veinte años de dictadura fascista han hecho aborrecer a las fuerzas reaccionarias, sin que este sentimiento deje de estar mezclado con una instintiva desconfianza hacia las izquierdas burguesas —a causa de pasadas y dolorosas experiencias no olvidadas— permitirá impasible los juegos de palabras, traicionados luego en los hechos?

Al indicar los riesgos que tiene la pretensión de excluir y anular a los comunistas, el Partido llama a la cordura de los elementos más inteligentes, más experimentados políticamente, entre los que militan en esas fuerzas, que comprenden que su propio interés aconseja también evitar esa vía.

Al denunciarla, el Partido alerta a las masas para que la rechacen, y al mismo tiempo las prepara y prepara a sus propios militantes por si, contra todo sentido político y hasta común esa eventualidad se produjese.

En cualquier caso, como ha afirmado la camarada Dolores, nada nos apartará de nuestro camino. A la desunión por arriba, si se nos impone, responderemos reforzando la unidad de las filas del pueblo, multiplicando nuestros contactos en toda la escala con cuantas fuerzas y personalidades políticas sea posible; con los cuadros de esas organizaciones más ligados al pueblo. Con ayuda de las masas, y con nuestra justa política, encontraremos las formas adecuadas para contrarrestar tal maniobra.

Los comunistas no nos retiraremos al Aventino, ni nos encerraremos en nuestras tiendas. Ejerceremos una presión de masas constante contra las tendencias antiunitarias, a las que sin duda terminaremos venciendo.

El camino del desarrollo social en esta época es tal que quien abandone su puesto en la izquierda —y la izquierda pasa al lado de nuestro Partido— encontrará en la derecha no una vitalidad renovada, sino la consunción, el agotamiento, consecutivo al hecho de haberse apartado de las fuerzas más vitales del pueblo.

Los comunistas no perdemos ni perderemos los nervios por ese género de maniobras, ni nos apartaremos del rumbo fundamental: liquidar la dictadura y conseguir con este fin el más amplio entendimiento de fuerzas político-sociales.

En la elaboración de nuestra línea política, el Pleno del Comité Central ha dado un paso fundamental con la resolución sobre el problema agrario, basada en las proposiciones del informe presentado por el camarada Juan Gómez. Con esta resolución, el Partido muestra una vez más su capacidad para aplicar de manera creadora los principios del marxismo-leninismo en cada situación determinada. El criterio de la indemnización a los grandes latifundistas absentistas y a los propietarios de las grandes fincas incultas, insuficiente o irracionalmente cultivadas puede ayudarnos a vencer resistencias que hoy no podríamos superar de otro modo, y a iniciar la solución

del problema de la propiedad de la tierra en España. Ese criterio puede facilitarnos una base más amplia de aliados y la neutralización de ciertos sectores. Y el problema de los aliados es fundamental. Quien olvide esto olvida el "a b c" del leninismo y las lecciones de toda la experiencia de nuestro Partido.

El informe del camarada Juan Gómez revela un aspecto de mucha importancia que es una confirmación del marxismo: la demostración de la justeza de la ley de la pauperización absoluta y relativa, bajo el capitalismo, ley que en España se cumple de manera absoluta en este período.

Las cifras demostrativas de la sensible baja de la producción agraria por cabeza de habitante, y de la disminución aún mayor del consumo, son una prueba de la acción de dicha ley del capitalismo.

Sólo la lucha de las masas por sus reivindicaciones y para producir cambios políticos puede crear condiciones en que los efectos absolutos de esa ley del desarrollo social sean contrarrestados.

La resolución del Partido sobre la cuestión agraria propone las soluciones más convenientes, no sólo a un tremendo problema social, sino a los problemas económicos, ligados con el aumento de la producción agraria, necesaria para elevar el nivel de vida del pueblo, para desarrollar el mercado interior y crear una base sólida para el desarrollo de la industria moderna.

Esta resolución y el informe del camarada Juan Gómez deben ser cuidadosamente estudiados por el Partido, que encontrará en ellos los elementos fundamentales para el desarrollo de un amplio movimiento campesino que se fusione con la lucha de todo el pueblo contra la dictadura.

DESTACAR LO QUE UNE AL ANTIFRANQUISMO

En la labor política para hacer triunfar la línea de reconciliación nacional los comunistas ponemos el mayor interés en destacar los puntos de coincidencia que hay entre nuestras posiciones y las de las otras fuerzas.

Donde hallemos una concordancia, un punto de vista común, por limitado que sea, que nos permita hacer progresar el movimiento de masas, las corrientes unitarias, debemos subrayarla, ponerla en evidencia.

Incluso aunque en este orden cometamos alguna exageración —sin preconizar, naturalmente, las exageraciones—, resultaría hoy menos peligroso que si exageramos en sentido opuesto, es decir, en el de acentuar y subrayar las divergencias.

Y ello porque nuestra tarea política principal hoy es unir; unir para la lucha contra la dictadura. Y unir no sólo a las fuerzas afines de clase, sino a fuerzas muy amplias que discrepan en infinidad de cuestiones, que han estado tan alejadas y hasta opuestas que todo cuanto las diferencia salta sólo por su propio resorte a los ojos y constituye de por sí un grave obstáculo para ver lo que las une.

Incluso entre las fuerzas más afines hay muchos elementos de discrepancia como consecuencia de los roces y las luchas del pasado y de las presiones que ejerce sobre algunas de ellas el imperialismo y los grupos reaccionarios.

Si nosotros no mantuviéramos una gran vigilancia para evitar toda actitud sectaria, si no nos esforzáramos con gran firmeza, en poner de relieve

todo lo que une, ello supondría en la práctica tanto como renunciar a la realización de la unidad.

Ya se encarga el enemigo de subrayar, de exaltar, de provocar en su propaganda todos los elementos de división; de levantar barreras entre las otras fuerzas y nosotros, de crear nos dificultades.

Por eso las exageraciones en la exaltación de las coincidencias entre las demás fuerzas y nosotros son menos peligrosas que la exageración sectaria de las divergencias.

Indudablemente lo mejor, lo que debemos conseguir, es no exagerar ni en un sentido ni en otro.

En todo caso, los comunistas no debemos temer a confundirnos con otras fuerzas por buscar la unidad con ellas. Nuestra política se basa en los justos principios del marxismo-leninismo y ya no estamos en los primeros tiempos de la vida del Partido, cuando era esencial diferenciarse de la socialdemocracia y de otras fuerzas, aunque ello nos condujera a veces a cierto aislamiento. El Partido y en general el movimiento comunista mundial, en esta época es una fuerza bien diferenciada de todas las otras, que ha construido o construye el Socialismo y puesto fin a la explotación capitalista en países donde viven 900 millones de seres y que no teme confundirse con otras corrientes políticas por el hecho de coincidir con ellas en determinados momentos y en determinadas cuestiones.

¡Destaquemos, camaradas, en nuestra propaganda todo lo que une!
¡Orientemos nuestras polémicas con los aliados posibles en esa dirección, en la de mostrar las coincidencias que pueden permitir una salida pacífica y democrática a la actual situación!

¡Combatamos con energía los elementos de sectarismo que pueden ser una traba para la aplicación de nuestra línea política, de cuyo éxito depende el fin de los sufrimientos de nuestra clase y de nuestro pueblo!

Esto no excluye la lucha ideológica más resuelta contra las posiciones reaccionarias, burguesas y socialdemócratas, y principalmente contra aquellas que hoy constituyen un obstáculo para la unidad de las fuerzas anti-franquistas.

NUESTRA LUCHA EN EL CAMPO IDEOLOGICO

En el campo ideológico nuestra labor ha mejorado, sobre todo a partir del último Pleno. La elaboración más completa de nuestra línea política y de los diversos problemas de la democracia española refleja esa elevación. Sin embargo, y aunque creemos estar en el buen camino, mucho nos queda aún por hacer.

¿Cuál es el terreno más propicio y favorable para la expansión de nuestra labor ideológica?

Es, ante todo, aquél que nos proporciona la elaboración teórica de los fundamentos de nuestra política, labor que debemos proseguir sin descanso; es también la elaboración teórica de los diversos problemas de la Revolución española; la lucha contra la ideología de las clases dominantes, contra la influencia reformista y anarquista en el movimiento obrero.

Es la defensa inquebrantable de los principios del marxismo-leninismo contra todos los ataques a que se libran los ideólogos del imperialismo y los elementos oportunistas del movimiento obrero.

¡Cuán ancho campo tenemos ahí!

La tarea de fundamentar teóricamente nuestra línea política, de analizar desde un punto de vista marxista, el carácter de clase de las diversas fuerzas que se mueven en la sociedad española, de mostrar en qué dirección lo hacen, de combatir sus aspectos negativos; la tarea de estudiar las contradicciones objetivas de la sociedad española y cómo utilizarlas para hacer progresar la lucha por la democracia y el socialismo, es sin duda la que exige una atención más urgente y sostenida.

Lo mismo que hemos avanzado en el estudio del problema agrario, debemos profundizar en el análisis del desarrollo de la oligarquía monopolista, de las formas que nuestra lucha y la del resto de las clases y capas de la sociedad contra aquélla deben tomar.

Necesitamos, y esto va siendo también urgente ante el desarrollo de la situación, una elaboración más profunda y concreta de los términos del problema nacional en nuestro país, que ofrecen aspectos muy contradictorios en los que aún no hemos penetrado suficientemente.

La publicación de "Nuestras Ideas" nos da la posibilidad de desplegar la polémica contra las diversas corrientes filosóficas burguesas y reaccionarias que influyen en la vida social española, en la cultura, el arte y la ciencia. En torno a estas tareas asistimos a un prometedor avivamiento del interés de los camaradas del Partido mejor preparados para ellas, y de muchos camaradas jóvenes animados de gran entusiasmo y provistos de una preparación no desdeñable.

Tratándose de un terreno casi virgen para nosotros, en el que hay sobre todo mucho que estudiar, no puede extrañarnos que en los primeros esfuerzos no todo resulte perfecto. No podía suceder de otro modo. La elaboración de nuestra posición de Partido sobre tan diversos y complicados problemas, exigirá una amplia discusión, la confrontación de puntos de vista diferentes, confrontación y discusión que debemos estimular entre las fuerzas teóricas de nuestro Partido. Y no será una labor de un día, ni de un año, sino de largo tiempo.

Algún camarada de buena fe nos reprochó a raíz de la conmoción producida por el levantamiento contrarrevolucionario en Hungría que no habíamos dado una explicación más amplia y profunda sobre las contradicciones existentes en la sociedad socialista. No puede extrañar que no lo hayamos hecho. Nosotros no podemos dar una aportación principal en ese orden, fundamentalmente por una razón: que en España no hay una sociedad socialista. Mal podríamos elaborar una experiencia que no poseemos. Es lógico, sin embargo, que los camaradas y todos nosotros nos preocupemos por esas cuestiones. Pero en este terreno quienes pueden esclarecer los problemas, y quienes de hecho los esclarecen, son los camaradas soviéticos, los camaradas chinos y de las democracias populares, es decir, los partidos que tienen ya una experiencia y un conocimiento directo porque están construyendo, cuando no lo han construido ya, el socialismo. Lo que nosotros debemos hacer y hacemos, en la medida en que hoy nos es posible, es facilitar el conocimiento de todos esos elementos, editados y elaborados por los partidos hermanos.

Pero nuestra aportación a las cuestiones ideológicas podemos y debemos darla fundamentalmente, en torno a los problemas de nuestra sociedad, del

desarrollo de la Revolución en nuestro país, de la defensa de los principios del marxismo-leninismo.

A este respecto quiero pararme en un aspecto de la lucha ideológica, el aspecto interno. La lucha ideológica se libra también en el interior de nuestro Partido, contra la penetración de las influencias que nacen de la sociedad que nos rodea. Esa lucha no se libra entre enemigos, sino entre camaradas; tiene, pues, un carácter muy distinto y se resuelve, a través de la crítica y la auto-crítica, por la elevación del nivel ideológico y político de los miembros y dirigentes del Partido.

Las tendencias revisionistas oportunistas tropiezan en nuestro Partido con una resistencia general; contra ellas nuestros camaradas están, en general y por fortuna, bastante armados. Lo hemos visto cuando las fuerzas del imperialismo o influidas por él, desataron en torno a los acontecimientos de Hungría una enorme campaña revisionista. Nuestro Partido se mantuvo con gran firmeza, salvo algún caso aislado, verdaderamente excepcional.

Ello no significa que debemos abandonar la vigilancia frente al peligro de la penetración del revisionismo y el oportunismo. Si no dentro de nuestro Partido, en el movimiento obrero español como corrientes representadas por la socialdemocracia y algunos sectores cenetistas, el revisionismo oportunista es una tendencia no desdeñable que no desaparecerá enteramente, mientras haya capitalismo y lucha de clases.

Pero como ha subrayado la camarada Dolores Ibárruri, lo que se manifiesta con más fuerza en nuestro Partido, hoy por hoy, es el dogmatismo y el sectarismo. Y esto no se personaliza exclusivamente en individuos o en grupos determinados; es un producto de ciertas tradiciones, de ciertas peculiaridades del desarrollo del Partido. Se compone de una serie de hábitos, de métodos, muy arraigados, que entrañan una resistencia a lo nuevo, y que conducen a veces a dar un contenido sectario a nuestra propia línea política, que sin embargo es lo opuesto al sectarismo y al dogmatismo; se manifiesta por una resistencia instintiva a la aplicación de métodos leninistas, colectivos, democráticos, en el funcionamiento del Partido; de una inclinación a las opiniones y a los juicios cortantes, absolutos, esquemáticos, en contradicción con la realidad o con diversos aspectos de ésta.

Hemos dado serios pasos hacia la corrección del sectarismo; pero sin embargo sería un grave error pensar que todo está hecho y no ver cuánta atención tenemos que poner para que no afloren y se manifiesten sus secuelas.

Tenemos que tener en cuenta que nuestra misión no es ganar y dirigir un grupo reducido, sino millones de españoles, y que eso es incompatible con la supervivencia del sectarismo.

La lucha contra el sectarismo y el dogmatismo es un proceso de educación, que debemos llevar a cabo con métodos justos, pedagógicos, reforzando permanentemente la unidad del Partido, su comprensión, su cohesión, en una lucha incesante contra el enemigo de clase, y hoy concretamente, contra la dictadura franquista.

En relación con la lucha en el campo económico práctico el Pleno ha confirmado la orientación justa seguida hasta aquí por el Partido y ha dado las iniciativas adecuadas para el desarrollo de la acción reivindicativa de la clase obrera y de las capas laboriosas del país, así como para el trabajo dentro de los Sindicatos Verticales y de las Hermandades. Los comunistas tenemos muy presente que este eslabón, el de la lucha reivindicativa, es decisivo en el presente ante la escandalosa subida de las subsistencias, no sólo para mejorar las inhumanas condiciones de vida del trabajador, sino para el progreso de la causa democrática.

INTERNACIONALISMO PROLETARIO

Algún camarada ha preguntado qué hay de nuevo en nuestras relaciones con los demás partidos comunistas. Se refiere sin duda a las mantenidas durante este último período, tras el levantamiento contrarrevolucionario de Hungría.

En este período hemos tenido contactos principalmente con los camaradas soviéticos, checos, franceses, italianos, alemanes y portugueses.

En todos estos contactos los representantes de nuestro Partido han mostrado la opinión de éste favorable al estrechamiento de los vínculos de internacionalismo proletario que unen a los partidos comunistas frente a los intentos del imperialismo de sembrar la división en el movimiento comunista mundial.

Nuestro Partido ha reafirmado públicamente con todo el vigor los lazos que le unen al movimiento comunista mundial, y particularmente, al Partido Comunista de la Unión Soviética. En su informe, el camarada Claudín ha reiterado ya nuestra posición: para nosotros, el internacionalismo proletario sigue midiéndose por la actitud ante la Unión Soviética y su Partido Comunista, que son el centro del campo socialista mundial y del movimiento obrero revolucionario.

La elaboración del 40º aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre ofrece una oportunidad magnífica para elevar aún más dentro del Partido y entre la clase obrera la comprensión del papel y de la significación de la Unión Soviética y del P.C.U.S. para la causa del socialismo, la democracia y la paz. El informe presentado aquí por el camarada Fernando Claudín será sin duda una gran contribución en este orden.

A raíz del Pleno pasado restablecimos también nuestras relaciones con los camaradas de la Liga Comunista de Yugoslavia. No hay ningún hecho nuevo en estas relaciones digno de mención. Con ocasión del Congreso que pronto celebrarán los camaradas yugoslavos esperamos tener la ocasión de reforzar los lazos reanudados y de asentar sobre bases más concretas la colaboración entre los dos Partidos.

EL FORTALECIMIENTO DEL PARTIDO

En el curso del año transcurrido de un pleno a otro el Partido se ha fortalecido; militantes que se hallaban pasivos o alejados se han reincorporado y realizan una actividad política en las filas del Partido. Y quiero reafirmar que proseguiremos por ese camino, tratando de reincorporar a todos aquellos que han sido separados por causas injustificadas; a los que aun habiendo estado justificada su separación han dado muestras de superar los yerros pasados, y a quienes se han ido quedando en el camino por propia iniciativa debido a que momentáneamente perdieron la perspectiva. Las filas del Partido están abiertas para todo el que quiera regresar honradamente a nuestras filas, a trabajar y a luchar junto con todo el Partido por la causa de la democracia y el socialismo, incluso si en el pasado ha tenido posiciones erróneas y negativas, siempre que no se haya entregado al enemigo.

En el informe de la camarada Dolores se ha planteado una cuestión decisiva para el más rápido desarrollo y fortalecimiento de las organizaciones del Partido: la actitud ante las nuevas generaciones de trabajadores y de intelectuales.

Sin vanagloria podemos decir que nuestro Partido ha mostrado una viva preocupación por los problemas de la juventud; se ha esforzado en ayudarla a encontrar el camino de la vida y de la lucha; ha combatido las actitudes reaccionarias de quienes desdeñaban a la juventud y desconfiaban de ella. Muchos jóvenes trabajadores e intelectuales han venido a las filas de nuestro Partido y ocupan en ellas puestos muy responsables.

Algunas organizaciones de nuestro Partido, creadas y mantenidas principalmente por hombres de las generaciones que se han desarrollado bajo el franquismo han mostrado una capacidad extraordinaria para ligarse con las masas, para desenvolverse en las condiciones presentes, esquivando con éxito la represión a pesar de una gran actividad. Estas organizaciones han aplicado con gran fidelidad la política del Partido.

Sin embargo, no podemos sentirnos satisfechos; la juventud todavía no ocupa en las filas de nuestro Partido todo el lugar que le corresponde. Me refiero a los hombres que han crecido en estos veinte años.

Tenemos que orientar nuestra labor de reclutamiento y de organización de forma que los hombres de dieciocho a treinta y cinco años, que suelen ser las fuerzas más activas de la clase obrera y del pueblo, constituyan el grueso de nuestros militantes y cuadros medios.

Para ello hay que modificar radicalmente la inclinación de muchos camaradas a apoyarse casi exclusivamente en aquellos miembros del Partido que son conocidos desde hace muchos años. Sucede a veces que estos miembros del Partido ya no son los más activos, aunque anteriormente lo fueran. La vida tiene sus leyes y también en este orden de cuestiones han transcurrido veinte años y han crecido fuerzas nuevas, que llegan llenas de bríos, sin el peso de las fatigas y los sufrimientos de este largo período de fascismo.

No hay otro camino que combatir todas las actitudes que impliquen desconfianza hacia las nuevas fuerzas del pueblo trabajador y de la intelectualidad.

Es evidente que los cuadros y militantes veteranos experimentados, templados en la lucha, tienen que jugar un gran papel en nuestra organización. Nadie discute la plaza de esos cuadros y si alguien la discutiera el Partido sabría llamarle al orden. Pero la realidad es que mientras una proporción importantísima de nuestros militantes y cuadros medios no sean los hombres de 18 a 35 años, nuestros lazos con la clase y con las masas, nuestros lazos con sus sectores más combativos no serán bastante sólidos y estrechos. Para que nuestro Partido juegue hoy todo su papel y adquiera la fuerza necesaria para ello, hay que orientarse resueltamente en esa dirección.

LA JORNADA DE RECONCILIACION NACIONAL

¡Camaradas!

Entre otros acuerdos, nuestro Pleno ha aprobado la importante resolución para preparar una Jornada de Reconciliación nacional contra la carestía de la vida y la política económica de la dictadura, por la amnistía y las libertades políticas. En lo inmediato debemos considerar esta resolu-

ción como la tarea política y práctica más importante para las organizaciones del Partido; debemos esforzarnos por preparar inteligente y audazmente el amplio y unánime plebiscito nacional que manifieste la voluntad de todos los españoles de cambiar la situación política que existe en nuestro país.

Tanto en el informe del camarada Vicente Sáinz, como en la resolución aprobada por el Pleno se define claramente el carácter pacífico que esa jornada debe tener, se insiste en que no se trata de ningún movimiento subversivo sino de una gran manifestación cívica en la que deben participar todas las fuerzas de izquierda y de derecha, sin excepción.

Si bien ciertos aspectos de organización de la Jornada tendrán que ser llevados a cabo clandestinamente, porque la situación lo impone, la preparación política, la propaganda de la Jornada la realizaremos junto con todos los que coincidan, abiertamente. La Jornada no será el fruto de ninguna conjuración sino de una propaganda política franca y abierta sobre sus fines y objetivos, unida a la correspondiente labor de organización.

Los miembros del Comité Central debemos, ahora, llevar esta resolución a todo el Partido y conseguir que éste se compenetre con ella y se ponga a la tarea acercándose a todas las fuerzas y grupos político-sociales, por los caminos más adecuados, para someterles nuestra iniciativa y desarrollando la más amplia iniciativa para ligarse con las masas y ganar su apoyo.

Como se ha dicho aquí, sin pretender que la Jornada sea el último acto contra la dictadura, puede acelerar y acelerará su liquidación por medios pacíficos y democráticos. Ya el solo planteamiento, en la actual coyuntura, de esta acción puede ejercer una influencia positiva en el desarrollo de la situación política, y en la organización y la unidad de las fuerzas de oposición.

¡Camaradas del Comité Central!

Al separarnos lo hacemos con una confianza redoblada en la perspectiva favorable de nuestra lucha; con una confianza redoblada en la política de nuestro Partido, en la capacidad de las masas populares y de la clase obrera. Nuestro Pleno ha hecho buen trabajo. Se trata ahora, camaradas, de llevar nuestros acuerdos y decisiones a la vida, a la realidad, de convertirlos en carne de las masas que son las que con su energía pueden transformar la situación política de nuestro país.

¡Adelante hacia el éxito de la Jornada de Reconciliación Nacional!

¡Viva nuestro glorioso Partido Comunista!

¡Viva la indestructible unidad del movimiento comunista mundial con el Partido Comunista de la Unión Soviética a la cabeza!

INDICE

La situación actual de la dictadura franquista	11
La actitud de las diferentes fuerzas frente a la dictadura	14
Sobre la idea de la inevitabilidad de la monarquía	17
Por qué estamos dispuestos a apoyar a un gobierno liberal de transición	21
Dos caminos del desarrollo democrático en España	24
Importancia de la unidad obrera	31
Luchas obreras y populares contra la dictadura	34
La situación internacional y sus repercusiones en nuestro país	39
La Unión Soviética a la cabeza de la lucha por la paz	44
Lucha de la clase obrera mundial	45
Unidad del campo del socialismo	45
El camino leninista	46
Por una jornada de reconciliación nacional	48
DISCURSO DE CLAUSURA ANTE EL PLENO DEL COMITE DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA	53
El contenido de la política de reconciliación nacional	55
La lucha del Partido en el campo político	57
Destacar lo que une al antifranquismo	60
Nuestra lucha en el campo ideológico	61
Internacionalismo proletario	64
El fortalecimiento del Partido	64
La jornada de reconciliación nacional	65

1079

Southworth

Pamphlet

IN

8375

ice

I 19

1457c

PRECIO DEL EJEMPLAR, \$ 10